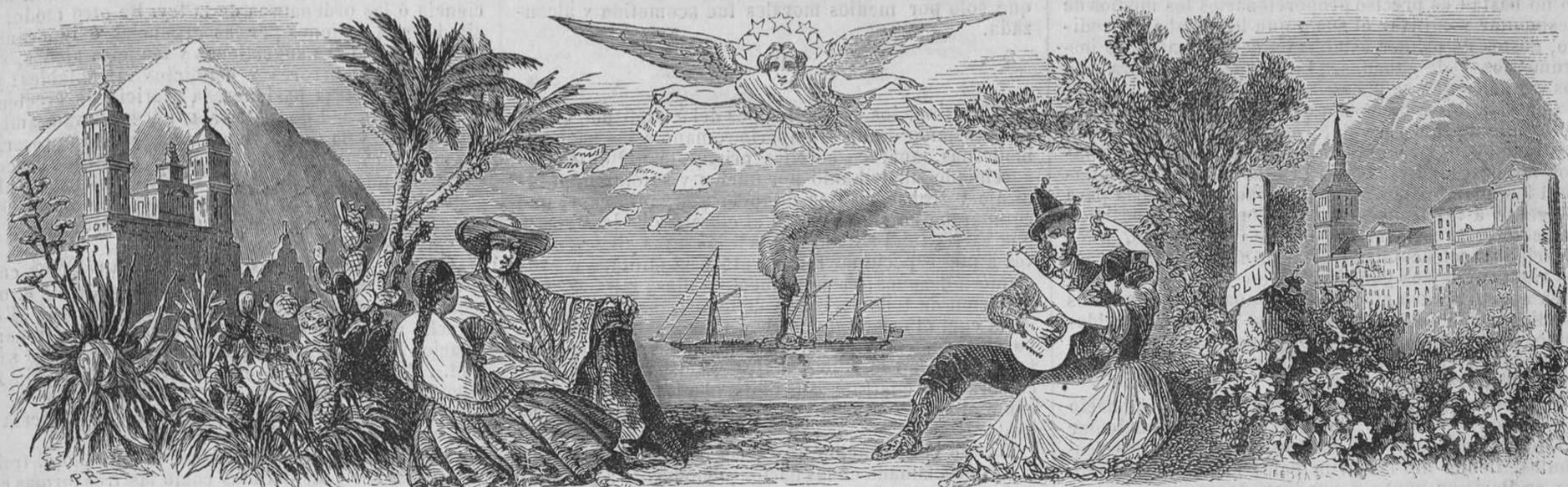


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — Tomo XLIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 33. — N° 1,114.

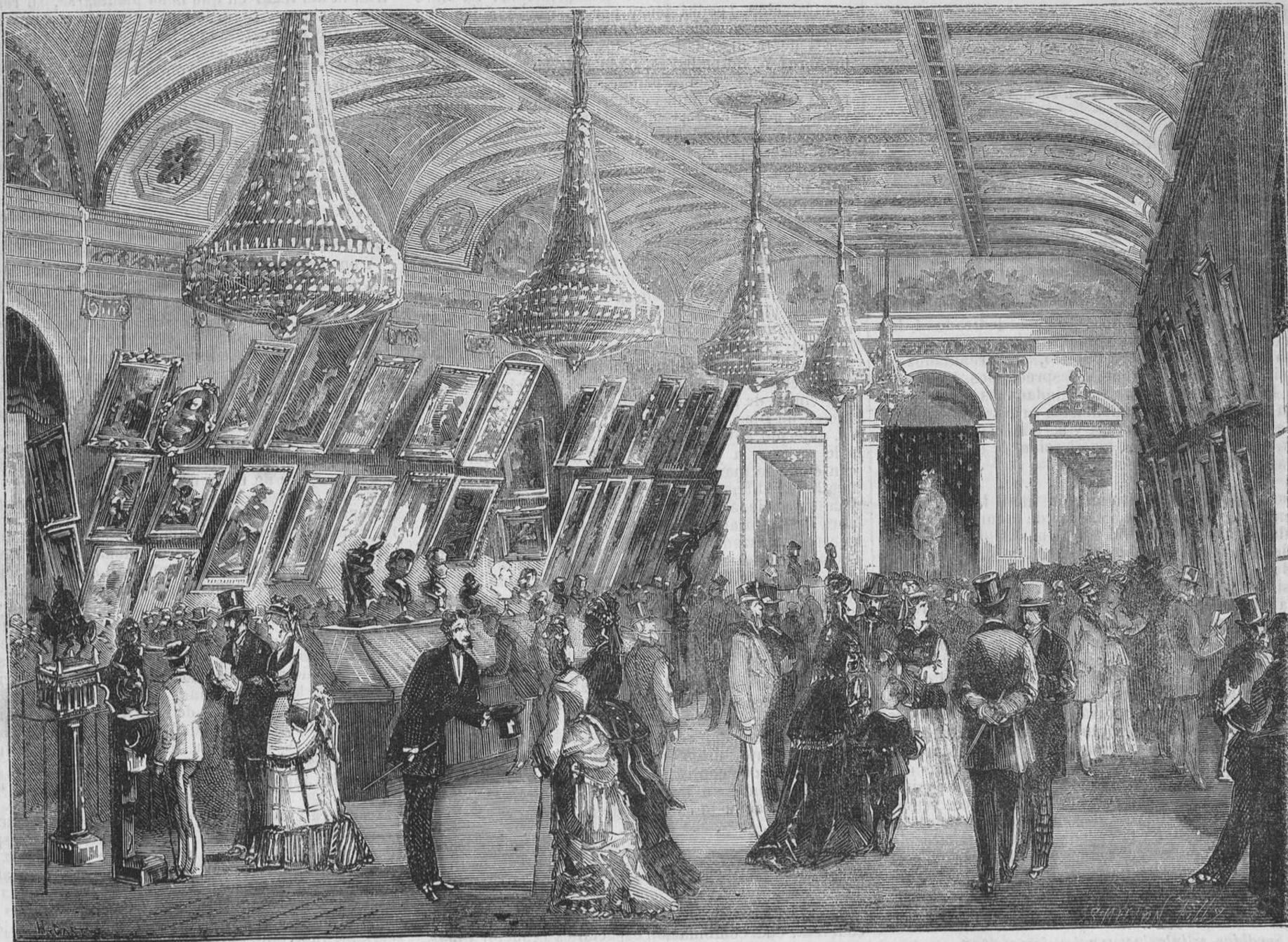
Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Exposición en favor de los alsacianos-loreneses; grabado. — Consideraciones sobre el trabajo y el proletariado. — Costumbres de los árabes; grabados. — Re-

vista de París. — Exposición de Bellas Artes en París; grabados. — La Niña de Oro, por Julio Nombela. — Boletín de conocimientos útiles. — Baile filantrópico de los anglo-americanos en el Gran Hotel; grabado. — Llegada del cuerpo de Livingstone a Southampton; gra-

bado. — El incendio del Alcázar de Aviñon; grabado. — Dos flores ó sea Rosa y María, drama en verso por Francisco Galindo. — Funerales de Livingstone: El cortejo fúnebre atravesando las calles de Southampton; grabado.



PARIS. — Exposición organizada á beneficio de los alsacianos-loreneses, en el Palacio Borbon.

## Exposicion

EN FAVOR DE LOS ALSACIANOS-LORENESES.

La Francia ha dado territorios en la Argelia á los habitantes desposeídos de la Alsacia-Lorena; pero esto no basta: es preciso proporcionarles los medios de desmontar y cultivar el suelo que les estaba concedido, gastos de primer establecimiento, compra de instrumentos y de ganados. ¿En dónde hallar para esto los capitales que se necesitan?

Con este fin se formó un comité bajo la presidencia del conde de Haussonville, y organizó una exposicion, destinando sus productos á los desgraciados alsacianos-loreneses. Ni el celo ni la inteligencia han faltado á los miembros, y además la causa era buena para interesar á los franceses. Pusieron á la disposicion del comité el palacio del Cuerpo Legislativo, y los principales coleccionistas se apresuraron á enviar allí las riquezas de sus galerías.

La apertura tuvo efecto la semana última, y todos los dias acude á la Exposicion una multitud considerable, porque además de su objeto eminentemente patriótico, hay el atractivo de admirar las obras maravillosas que contiene.

Figurémonos toda la galería de las fiestas del palacio del Cuerpo Legislativo, la antigua galería particular del duque de Morny, los descansillos y hasta los vestíbulos, llenos de las principales preciosidades que hay en París en punto á cuadros, tapicerías, esmaltes, armas, colgaduras, porcelanas y muebles antiguos, todo ello procedente de las antiguas colecciones del duque de Aumale, de la condesa Duchatel, de M. Reiset, de madama Delessert, de M. Double, de la duquesa de Galliera, de madama Ingres, de la familia Rothschild y de todos los aficionados parisienses, sin contar muchos museos de las provincias.

Es imposible, pues, intentar descripciones ni apreciaciones, porque el asunto seria infinito: basta insistir sobre la ocasion excepcional que se ofrece á todos los parisienses para que puedan admirar semejantes riquezas reunidas hoy para dispersarse de nuevo. Así es que los parisienses aprovechan esta buena fortuna, al mismo tiempo que contribuyen á aumentar los recursos destinados á los alsacianos-loreneses.

J. C.

## Consideraciones

SOBRE EL TRABAJO Y EL PROLETARIADO.

(Continuacion. — Véase el número 1,112.)

En la edad antigua, el vínculo de ambos fué la esclavitud, que aun hoy existe en reducido espacio y como excepcion moribunda y fugitiva. El hombre del trabajo era poco mas, ó acaso lo mismo, que la bestia de carga ó el mecánico instrumento. Del derecho sobre los esclavos se trataba al formar los Códigos y los libros de los jurisperitos, no en el lugar destinado á las *personas*, sino en aquel dedicado á las *cosas*. Todos los trabajos, menos el de la guerra, el culto sacerdotal y el foro público, eran reputados en Grecia y Roma como viles y despreciables. Una antigua ley romana decia: « Los ciudadanos no se dediquen á las sucias y sedentarias artes. » (1) Aun las artes liberales, la literatura y las ciencias de aplicacion, como la medicina, las ejercian de ordinario los esclavos libertos.

Mas apareció el cristianismo: lució la moral del Evangelio, y luego que esta ley de amor subió á las cumbres del Capitolio y á los tronos de las naciones desde el misterioso subterráneo de las catacumbas y desde los circos ensangrentados, la virtud no pudo subsistir. Cambióse por lo pronto en la servidumbre de la edad media. El esclavo convertido en siervo de la gleba tanto significa, como el animal doméstico de labor, hecho hombre, aunque todavia inferior á los de otras clases sociales. El esclavo era mercancia: no tenia patria, familia ni hogar. El siervo adscrito á la tierra era agricultor, forzoso, es verdad, pero que tenia ya hogar, familia y patria. El comercio á grandes distancias lo ejercia el extranjero en las naciones europeas, es decir, el trashumante judío. Las industrias manufactureras estaban circunscritas á ciudades determinadas, como Milan, Damasco, Toledo. El capitalista del trabajador esclavo era el despótico señor. El capitalista del siervo agricola era simplemente el propietario. El látigo y la cadena habian desaparecido como símbolo de las relaciones entre el capital y el trabajo. En su lugar se hallaba el *victus ratio*, el caldero y la hogaza, que eran por cierto simbolos de ca-

rácter y significacion bien diferentes. La familia se perpetuaba en el hogar. El abuelo veia en paz jugar á su alrededor á los nietecillos, y embellecer con su alegría el ocaso de su existencia; en vez de ver el padre y la madre arrancar de su lado á los hijos, para venderlos al mejor postor en la plaza pública, segun los quilates de su viril robustez ó de su femenil belleza. Era un adelanto grande, verificado por influencia moral, por la influencia del cristianismo y de la Iglesia católica. Téngase muy en cuenta esta gran conquista, que solo por medios morales fué acometida y alcanzada.

### III.

Al declinar los rudos tiempos del feudalismo, forma de transicion desde el imperio romano á las naciones modernas, aparece en ellas primeramente el trabajo agremiado, distribuido por oficios y sujeto al aprendizaje y trabas de una minuciosa organizacion, que equiparaba en cierto modo el ejercicio de las artes á una carrera del Estado sujeta á las leyes civiles, ó tal vez á una especie de regimiento casi militar; y proclamóse despues, casi en nuestros dias, la libre contratacion de todo servicio y de todo trabajo, en virtud de la cual el criado doméstico, el menestral y artesano, el industrial y el obrero, son en sus funciones de tales, como en todo lo demás, personas jurídicas, que celebran un contrato con tanta plenitud de derecho, como el amo y el propietario, el capitalista y el fabricante.

Tal fué la derivacion necesaria de la igualdad ante la ley, proclamada en las naciones modernas: la igualdad ante la ley fué á su vez consecuencia precisa de la igualdad ante Dios; proclamada por la Iglesia católica en nombre y por virtud de la religion cristiana. Por manera que los hijos de estas naciones, deudores como todos lo somos, á la civilizacion cristiana, de las mas nobles conquistas, con que se envanecen los tiempos presentes, andan por demás olvidadizos é ingratos, al decir, como algunos dicen, que el cristianismo y la Iglesia mantuvieron la esclavitud y la servidumbre, de que muy por el contrario han redimido al mundo.

La libre contratacion es, pues, hoy la fórmula amplia y general, que abraza las varias maneras de verificarse el trabajo y establecer sus relaciones con el capital. Esta es la base en que descansa la cuestion social y económica, este el principio generador que ha de aplicarse á la solucion de los problemas que agitan el mundo moderno.

Y ante todo, las escuelas revolucionarias ¿podrán combatir la legitimidad de este principio? La libre contratacion, ¿podrá tener por enemigos á los que por propia investidura se llaman á sí mismos redentores de la dignidad y de los derechos innatos del hombre? Y, sin embargo, nada mas cierto. De error en error se llega en la pendiente de los humanos errores á los mas grandes é increíbles absurdos. ¿Guerra á los gobiernos! ¿Guerra á la tiranía del Estado! ¿Abajo toda autoridad! gritan esas escuelas. Y vienen á establecer ¡pasmosa inconsecuencia! lo que todos llaman ya el socialismo autoritario: es decir, un Estado monstruo, que no solo determine las relaciones generales de los asociados, la defensa del cuerpo social, la armonia (necesaria á todo organismo) de los elementos morales y materiales de produccion, bienestar y creciente desarrollo, sobre las bases sagradas de la libertad de accion individual y de la justicia, reina de esa libertad; sino que regimiente en falanjes á los asociados, les señale su racion de trabajo, su racion de lucro, su racion de ensenanza, su racion de libertad, y (si llega, como tales escuelas han llegado, al comunismo) su racion de alimento, su racion ¡repugna el decirlo! de amor libre, su negacion insensata y cínica de la familia, y su horrible y estúpida negacion de Dios. De suerte que lo que viene á quedar es, sujecion abyecta, mecanismo despótico en todo: y solo se une la palabra libertad al físico amor. Así, con cieno se mancha y borra el santo vínculo de la familia cristiana, cimiento y sosten de las prósperas y cultas sociedades, y con cieno se obstruye la fuente pura de las lozanas y vigorosas generaciones. De aquí, que no sin razon se diga por algunos que el moderno socialismo y comunismo, encarnados en la tan famosa y ya decadente Internacional, señalaría, triunfante, el fin miserable de aquella sociedad, en que reinase por entero. No hay, pues, que extrañar, que quienes tantas y tales cosas niegan, nieguen tambien la libre contratacion, ese verdadero nivel jurídico, ante el cual, segun ya dijimos, el sirviente es igual al amo, el obrero al empresario ó capitalista, y todos celebran, al concertar sus reciprocos servicios, un pacto bilateral en que la dignidad humana y la voluntad independiente quedan reconocidas y sancionadas por el consentimiento mútuo y el mútuo disenso (que son la ley especial del contrato) dentro de la justicia y la moral, de donde en las naciones civilizadas toman las leyes su augusto carácter de autoridad coercitiva.

### IV.

Ahora, dentro de la libre contratacion, ¿cuál forma concreta, cuál combinacion especial es la mejor y mas acertada para establecer las relaciones entre el caudal y el trabajo?

El estudio tranquilo de esta materia, en que hoy se confunden y complican tantos conceptos, no solo económicos y sociales, sino tambien morales, filosóficos y religiosos, no pueden hacerlo por sí solos competentemente los hombres entregados al trabajo corporal: pueden estos darse menos á la meditacion y á las concepciones filosóficas, tarea del sabio, y tócales mas bien mostrar legal y honradamente sus necesidades y aspiraciones, para que sirvan de conveniente dato y memorial oportuno ante la deliberacion de la ciencia ó las ordenanzas de la ley. De otro modo, excitadas sus pasiones por las urgencias é ignorancias propias, ó por las sugestiones y malicias ajenas, surgen á menudo errores y conflictos lamentables; y si por ventura otras pasiones, la avaricia de crecientes ganancias, la sed de materiales goces, llevan tambien á la dureza y la imprevisión á algunos empresarios, en mal hora desaparece entonces el mútuo interés, amor y ayuda, que destierra las desconfianzas y ahuyenta los peligros. Es por tanto necesario dar á estas materias la atencion que requieren de toda razon sana y de todo corazón recto.

¿Cuál es, pues, la mas justa y sabia relacion entre el capital y el trabajo? ¿Es la asociacion? ¿Es la mutualidad ó reciprocidad ó tasa de los valores? ¿Es el derecho al trabajo? ¿Es la cooperacion? ¿Es la participacion? ¿Es la labor á destajo? ¿Es el libre salario?... Y en todos estos casos, ¿es justo y legitimo el interés del capital?...

Tales son las cuestiones parciales que encierra la materia de que tratamos.

La asociacion, la reciprocidad, el derecho al trabajo, pueden ser consideradas como las tres formas cardinales y prácticas del socialismo, en su mejor accion, es decir, del socialismo económico, que busca solo la distribucion general de la riqueza entre los asociados, no del socialismo autoritario y político, que solo busca y produce la tiranía de la fuerza, aunque á esto vienen á parar por una pendiente irresistible las corrientes de todo socialismo.

La asociacion de los obreros entre sí, para dirigirse á sí mismos en la aplicacion y desarrollo de su industria, y reunir con las pequeñas porciones de sus ahorros el capital necesario á toda empresa, es uno de los modos primeramente ideados para emanciparse del empresario y del capital.

Pero surge al momento la necesidad imprescindible de plan, de proyecto, de prevision, que ha de preceder al material trabajo; y todas estas condiciones las da la ciencia, el estudio, la observacion: el obrero, pues, será instrumento, no director ni guía, que es el papel destinado al empresario. La eleccion de industria, la del lugar en que deba plantearse, su relacion con próximos y seguros mercados, el cambio ventajoso de sus productos, la relacion de estos con las necesidades de cada pais, la precaucion contra las variaciones del gusto y el voluble imperio de la moda, la aplicacion oportuna de máquinas auxiliares, la contabilidad, la correspondencia, la unidad y proporcion de las operaciones, todo esto y mucho mas ha menester el empresario llevar en su mente. Véase si el obrero puede hacer otro tanto. Véase si una coleccion de obreros agregados pueden igualmente hacerlo, eligiendo ó no á algunos de sus consocios. Véase, en fin, si se lograria que el obrero electo tuviese bastante interés para mirar como propia la buena ó mala suerte de sus torpes ó acertadas disposiciones.

Y en cuanto al capital, ¿cómo disponer del necesario, cuya acumulacion ha de preceder forzosamente al comienzo de los trabajos? ¿Cómo aventurar lo que muchas veces aventurarse debe para poder intentar un desarrollo, un paso en el camino de la industria? A este objeto dice con razon un escritor célebre: « Dos aliados, la riqueza y el genio, son los que aceleran la marcha de la industria; mas la pobreza y la asociacion no son á propósito para las temeridades. »

Si por un momento se pusiera en práctica la idea de la asociacion en algun género de trabajo, que por breve tiempo la consistiera, pronto nacerian de su propio seno, ó de fuera de ella, y juntos en uno ó separados, el empresario y el capitalista, que son parte indispensable en toda industria organizada. El obrero, atento á su trabajo individual, si este ha de ser eficaz y vigoroso, no puede abandonarle para atender á las condiciones del conjunto, ni á sus relaciones precisas con los productores de las primeras materias y con los centros y dependencias del consumo y del mercado. El obrero, además, en general considerado, no tiene ni fondos ó capital (pues, si los tuviese, no se haria simple obrero) ni crédito que le abra las arcas del caudal ajeno. No puede tampoco sufrir la privacion y las suspensiones de productos hasta que se vendan ó cambien los de su trabajo, pues dedicándose á este por la necesidad misma del diario abrigo y sustento, suyo y de su familia, puede aplicarsele aquel aforismo implacable, que á otro propósito proclaman las reglas jurídicas: *venter non patitur dilationem*.

Y si para evitar los inconvenientes de la asociacion, se acudiera á unir dentro de cada uno de los respectivos oficios ó industrias al maestro y al capataz con el oficial y el aprendiz, y se diera al primero la autoridad y la direccion, y los riesgos de la empresa, en cambio de los cuales fuesen tambien para él las ganancias, cuando las hubiese, pagados los trabajos y servicios individuales; y al mismo incumbiera el discernir, despues de bien probados, cuáles capataces fuesen dignos de ir á la parte con él en dichas ganan-

(1) *Sordidas, sellulariasque artes cives ne faciunt*. Ley de las XII tablas, que se atribuye á Rómulo.

cias, cuáles oficiales aptos para trabajar á destajo ó por piezas contratadas y para ser capataces de los otros, cuáles aprendices merecían ya algo mas que dejar su trabajo á cambio de la enseñanza profesional y pasar á la categoría de oficiales retribuidos; y entre todos los maestros de cada oficio y sus respectivos subordinados se establecieran relaciones y comunicación para los asuntos propios de los intereses del trabajo y de la educación moral, intelectual y técnica de cada grupo, es decir, de lo que hoy se llama pomposamente enseñanza integral; entonces, la organización socialista de la clase trabajadora, todo lo que la Internacional intenta y proclama como obra práctica, aparte el despojo de lo ajeno, ó no significa nada, ó significaría la resurrección flamante de los combatidos, escarnecidos y asendereados gremios. Con mayor ó menor extensión en el número de los asociados, con mayor ó menor elegancia, con esta ó las otras formas, la esencia será la misma; el gremio, con el daño de la sujeción á veces del genio y del monopolio (que del monopolio en las mas espantosas y avasalladoras proporciones tambien hoy se trata) y con las ventajas de la organización del trabajo y mútua proporción de los trabajadores.

La reciprocidad, la mutualidad, la tasa de los valores, que vienen á ser cosa igual, representan otra de las utopías mas señaladas, hijas de la ligereza y la ignorancia. Consiste tal sistema en señalar artificialmente y por medio de las funciones del poder, una relación proporcional ajustada á cálculos administrativos, entre la variedad de los valores de las cosas que constituyen en sus diversas formas la propiedad individual ó cooperativa, á los valores de las múltiples y diversas clases de trabajos y servicios. Es decir, que segun este sistema, se han de señalar dichos valores por una autoridad ó representación social, que ejerza aquella especie de económico despotismo, ante el cual se humillan la voluntad, la libertad y los intereses de los asociados.

Y aunque á primera vista no parezca tan extraña é inaplicable como la reciprocidad ó mutualidad la teoría del derecho al trabajo, que hizo ya sus jornadas por el mundo, ni resiste al primer análisis de la razón, ni ha resistido al primer ensayo de la experiencia.

Los talleres nacionales de Paris en 1848 fueron grande enseñanza contra la fascinación de los argumentos y predicaciones vulgares, que llevó el desengaño á los espíritus mas obcecados, por lo cual es de notar que la Asociación Internacional de los trabajadores no ha pretendido ni imitarlos, ni mencionarlos siquiera, tomando por otros rumbos para sus atrevidas incursiones en el régimen de la sociedad. El derecho al trabajo, que es decir la obligación en el Estado de proporcionárselo al que no lo tenga, no admite otra forma de cumplimiento que convertirse el poder central de la sociedad en un fabricante y mercader universal, que con su vasta empresa ahogue y mate todas las demás, quitándolos sus brazos y elementos, sus ganancias y estímulos, quedándose como único productor con el monopolio de las industrias, y dando todos sus artículos malos y caros á los consumidores, es decir, al cuerpo social. Si es cierto que el impulso de la propia idea, de la propia actitud y vocación, y de la ganancia ó conveniencia propias, son fuente de fecundidad y perfección en el trabajo, matar aquellas condiciones es matar á este. El Estado, obligado á recibir por obreros á todos los que lo exijan, sea su necesidad efecto de inculpables desgracias ó fruto de ineptitud ó vicio, es un empresario inmoral, y sobre inmoral, perturbador y dañoso. La seguridad de encontrar en sus grandes talleres asilo á la impericia y la holganza, establecería una corriente funesta de trasmigración de las industrias particulares á la industria pública, que dejaría sin brazos á aquellas. Y una vez acumuladas bajo sus banderas las turbas de los obreros, por una propensión natural, difícil de resistir con la menos rígida disciplina, que es siempre aquella en que el verdadero dueño, director ó interesado es mas abstracto y menos visible, la inferioridad de los productos, la dificultad de los métodos y el peligro y alteración constantes del orden público, serían, además de la ruina de las industrias que mencionamos, el fruto peregrino de tan decantado invento.

Después de los sistemas rápidamente indicados, de los cuales subsisten los dos primeros en los planes del socialismo internacionalista contemporáneo, restanos hablar con igual brevedad de otros tres, á saber: la cooperación, la participación, el salario. De estos el primero es todavía bandera de agitaciones y causa de errores y extravíos; los dos últimos son la base del trabajo moderno y la esperanza del porvenir, dentro ambos de la esfera común de la libre contratación.

La cooperación viene á ser propiamente una modificación ó nueva forma de la asociación. Distinguese de esta en lo siguiente. La asociación reúne á varios miembros en un cuerpo colectivo, á cuyo régimen, fines y autoridad se someten, desapareciendo en cierto modo la libre acción individual. Sin extinguir esta la cooperación, pretende armonizarla con las demás libres acciones individuales de los cooperadores. ¿Reúnense estos para producir? Pues trabaja cada uno á su voluntad y bajo su responsabilidad, aunque de acuerdo con los otros para elegir la clase de trabajo y productos, que han de ser objeto del ejercicio de sus facultades. Y los productos de la cooperación bus-

can en común el mercado, distribuyéndose luego el importe de la venta entre los cooperadores, á medida de lo que cada cual cooperó, ó dió en productos de su trabajo al común acervo. Si la cooperación es para consumos, el procedimiento es mas sencillo: reúnen-se varios trabajadores; compran en común lo que han menester para la subsistencia de sus personas ó familias, distribuyendo entre todos, á proporción de lo que cada cual puso, las materias adquiridas, y abaratando el coste de ellas por la compra al por mayor, ó por el aprovechamiento de ventajosas circunstancias en el mercado.

(Se continuará).

### Costumbres de los árabes.

En uno de nuestros últimos números manifestamos que *númidas*, *nómadas* ó *emigrados* eran tres palabras sinónimas. Como una prueba de esta verdad, citaremos á un notable historiador de la *Guerra de Africa*. « Los persas, dice, se unieron por medio de casamientos á los gétulos, y como en sus frecuentes excursiones recorrieron diferentes países, ellos mismos se denominaban *númidas*. » Y mas adelante añade: « Hubo un tiempo en que el exceso de la población obligó á los jóvenes persas á abandonar la mansión de sus padres. Los *emigrados*, que se calificaban de *númidas*, fueron á ocupar un país del mismo nombre en los alrededores de Cartago. » De estas palabras se deducen hechos bastante curiosos, á saber: que los persas tomaron la iniciativa en estas costumbres errantes, que eran endémicas en el Norte de Africa; que fueron los primeros colonizadores de este suelo privilegiado que tantos atractivos tenia para los emigrados, y que el *númidas* ha sido seguramente el origen y la raíz apenas modificada del *nómada*, tomada genéricamente para expresar las costumbres que llevaban de una vida errante y que hoy se atribuye á los descendientes del profeta como uno de los caracteres de su raza.

Este preámbulo etnográfico nos ha sido indispensable consignar para un asunto que vamos á tratar. El árabe pastor ó *nómada* es mucho menos vagabundo que se cree generalmente, porque sus emigraciones se limitan á un estrecho círculo. En general las tribus están muy apegadas al suelo que cultivan y que habitan desde un tiempo inmemorial y la movilidad de los douars no realizan sino dentro de un radio muy limitado de algunas leguas de perímetro, excepto en los casos de fuerza mayor, como por una guerra, cuando son cogidos prisioneros, etc. Los saharianos son, como hemos tenido ocasión de comprobarlo, los únicos habitantes del Asia cuyos viajes periódicos comprenden espacios considerables. Cuando se aproxima el estío se ven obligados á huir de Sahara, porque es tal la torrefacción general que sufren las pocas plantas que existen en estas regiones arenosas, que temen ver morir de hambre á sus ganados. En esta estación es cuando se trasladan á cuarenta, cincuenta ó sesenta leguas de su residencia, llevando consigo plantas para teñir, especias, telas y dátiles que cambian por trigo y géneros europeos; y cuando empieza el mal tiempo, regresan en caravanas á sus cuarteles de invierno, ó sea á los confines de estos oasis, en donde todos ó casi todos son propietarios: son como una nación ó una familia completamente separada del resto de la población musulmana que invade como una marea toda la Argelia; y hasta algunos viajeros han pretendido que no son árabes; pero sin que pretendamos nosotros que sean persas, debemos desde luego asegurar que se distinguen de sus correligionarios que habitan el otro lado de las cadenas de montañas que tan impropriamente se llaman *Atlas*, por su mayor civilización, por sus costumbres mas poéticas y por su mayor dignidad personal. Además, estas mismas costumbres que han adquirido, de emigrar en ciertas épocas del año les ha valido el nombre de *nómadas* y que realmente son entre todos los árabes los que justifican ese vaiven secular, ese flujo y reflujo anual que parece se ve anunciado en el calendario, como sucede á los equinoccios que les preceden siempre.

Estas marchas periódicas hechas en masa y en medio del mayor desorden, presentan una vista bastante pintoresca. En estos viajes, realizados al través del desierto, en medio de mil privaciones, de fatigas y de peligros, se ha creído encontrar una prueba de que realmente merecen el nombre de *nómadas* con que hoy se les conoce. Este movimiento lo he observado constantemente durante mi estancia en una parte del Sahara. Voy, pues, á permitirte copiar de mi libro de memorias algunas notas que saqué al encontrarme con estas poblaciones ambulantes.

« Nos hemos cruzado en el valle (de Batna) con numerosas bandas de saharianos *nómadas* que van á pasar la estación del estío en Tell en busca de pastos con que alimentar á sus rebaños, segun es costumbre desde tiempo inmemorial. En estos viajes llevan dátiles, kails y perfumes, y á su regreso se aprovisionan de granos para el invierno. Así que mientras ellos salen en busca de las lluvias y el aire fresco del Norte, yo me encaminaba hácia sus zonas ardientes, avanzando hácia los mismos abrasadores rayos del sol que les hacia huir.

Estas caravanas marchan en medio de una gran animación y presentan un golpe de vista admirable. Los hombres caminan á pie ó á caballo, armados de largos fusiles, y avanzan con paso grave, llevando delante de ellos sus rebaños y conduciendo sus dromedarios. Estos animales, unos llevan las tiendas tejidas con piel tambien de dromedario, algunos utensilios de la familia y *tellis*, que son grandes sacos de tela á rayas oscuras y blancas que contienen sus mercancías y todo su ajuar de casa; y otros van cargados de palanquines formados de una tela oscura y opaca que encierra las mujeres y los niños. La larga punta que la corona da cierto sello oriental á estos gimneceos ambulantes y hace recordar á los birlochos que usan los franceses en campaña; están cerrados por delante con una cortina negra que las hijas de Eva entreabren con mucha frecuencia, si es que no la abren enteramente con el pretexto mas fútil y al menor incidente que ocurra en la ruta, es decir, precisamente cuando debieran procurar que el palanquin estuviese cerrado. Cuando se encuentran con algun extranjero ó con un europeo viajando con tres caballeros rojos, es uno de los episodios que tienen el don de separar todos los velos y hacer que bonitos palmitos aparezcan á las ventanas. No se crea que estas señoras son salvajes. Mi presencia parece que las ponía de muy buen humor, porque reían sin cesar y hacían mil gestos al mirarme y mas particularmente cuando les dirigí mi lente con el objeto de corresponder á su excesiva curiosidad y poder apreciar mejor sus encantos. Confieso que lo merecían, pues muchas eran bonitas, menos morenas que yo las creía, y aun algunas eran blancas. El tipo general no corresponde á la idea que comúnmente se tiene de la fisonomía árabe; su rostro, particularmente en las jóvenes, es redondo y aparece con aire mas bien infantil que majestuoso y ovalado. Creo que los palmitos que tienen estas hijas de Eva son los que describen mejor las gracias seductoras y provocativas de estas bellas, y aun diría que están algun tanto marchitas, si sus grandes ojos brillantes y sus dientes un poco largos, pero tan blancos como el marfil, no protestaran contra este epíteto. Antes de ver á estas hermosas damas, creí encontrar á las Junos ó Minervas de que habla Lebrun, pero ví mas bien pasteles de Latour y fisonomías de Gavarin que me sonreían medio echadas sobre sus dromedarios. El traje se componía solamente de una túnica de lana blanca ó oscura abrochada en el hombro, ajustada á la cintura y levantada por uno de sus lados, segun estaban en uso en la antigüedad. La parte del cuerpo que aparece desnuda está perfectamente combinada con el resto del vestido. A cada movimiento hacen un ruido desagradable un sinnúmero de brazaletes, amuletos y grandes anillos de oro ó mas bien de plata que les cubren los brazos, el cuello y las orejas. El tocado, que seguramente no es fácil describir, es una especie de gorra muy grande ó turbante de piel de dromedario ajustado con cierta coquetería y entrelazado á sus cabellos negros que se arrollan y caen con mucha gracia á lo largo de sus mejillas en anchas trenzas hechas con gran esmero. »

Véase la descripción de otra caravana árabe que observé otro día y que procede del mismo origen que la anterior:

« Son mil veces mas lamentables que los combates esas largas marchas en que poblaciones enteras desterradas ó conducidas como rehenes son empujadas por la caballería francesa, mezcladas con los rebaños y bajo un cielo que parece arroja fuego en medio de interminables etapas. Entonces se ve á los hombres resignados, pero con aire feroz, mientras que las mujeres y los niños, jadeantes y extenuados de fatiga, gritan y se desesperan; sus piés ensangrentados y sus miembros doblados bajo el peso de su miserable bagaje, prorumpen en sollozos entremezclados de palabras que revelan su dolor por haber perdido su libertad y no gozar ya de las delicias del douar. Estos quejidos son capaces de conmover á los corazones mas crueles. Algunas de estas mujeres estrechan contra su seno un niño, á la vez que otras lo llevan sobre sus caderas. No pocas veces sucede que una de estas desgraciadas, extenuada de fatiga, prorrumpe en gritos desgarradores.

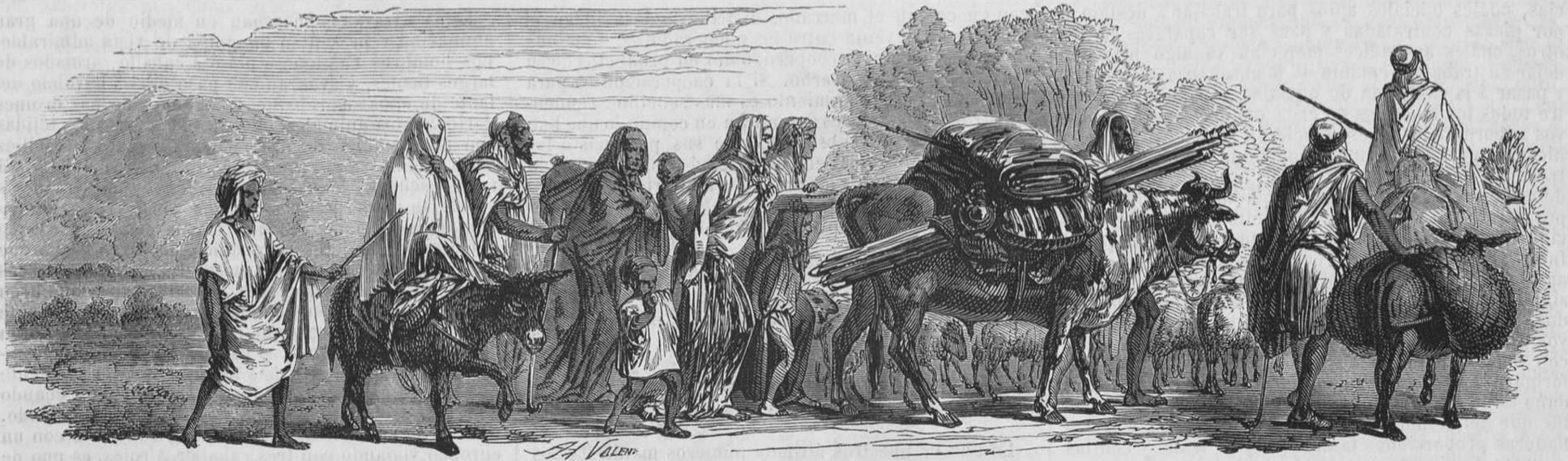
— ¿Qué ocurre? pregunta el oficial al oír estos gemidos.

— Mi teniente, le contesta un soldado avanzando hácia él, es una mujer que está en cinta y pide permiso para detenerse.

— ¡Alto! grita el oficial.

La desgraciada se coloca detrás de algun matorral, y después de haber dado á luz un niño, le recoge y le envuelve con un pedazo de sus mismos andrajos, poniéndose en seguida en camino. »

Aunque no puede negarse que la agricultura está lejos de hallarse muy floreciente, tampoco puede desconocerse que guarda cierta relación con las leyes y las exigencias del clima, las condiciones geológicas y una experiencia de doce siglos. Si bien algunos europeos han tratado de desterrar la rutina local, introduciendo grandes mejoras, sin tener en cuenta que las llanuras argelinas difieren muchísimo de las campiñas de Normandía, hay que confesar que los resultados no correspondieron como era de esperar á las esperanzas que se habían llegado á concebir. Es indudable que hay mucho que perfeccionar en el sistema de cultivo que siguen los árabes, particularmente en los abonos; pero para sacar beneficios positivos, es preciso estudiar primero estos métodos para me-



ESCENAS DE COSTUMBRES ÁRABES. — Familia árabe emigrando.

jorarlos poco á poco, según lo demuestran las observaciones que el labrador debe hacer constantemente, pues los que tratan de practicar en Argelia el sistema de cultivo que se sigue en Europa, se expondría á labrar su propia ruina.

Con un arado que difiere muy poco de la reja rudimentaria de Triptolemo, que es una especie de acicate ó espolon sin mangas y sin orejas, tirado por dos pequeños bueyes, el árabe rompe tan superficialmente la capa superior del suelo, que la cosecha que crece entre la yerba apenas deja distinguir los surcos bajo el verde tapiz que los cubre. Los tallos crecen poco espesos, mezclados con plantas parásitas y pequeños arbustos. El árabe, que carece de paciencia y de instrumentos necesarios para romper y arrancar las malezas, se ha llegado á acostumar á respetar estos obstáculos, y en lugar de extirparlos trata de salvarlos. No es difícil concebir que con un fuerte arado que removiera hasta el fondo la capa cultivable, y que separara toda esta voraz vege-



Arado árabe.

tacion, se obtendrian los mejores resultados. No creemos que los árabes desecharan estos adelantos, que ellos mismos pueden apreciar. Ya existen en la Argelia algunos arados del sistema de Dombasle, dirigidos por indígenas y tirados por dos pares de bueyes. Creemos que el porvenir de la agricultura en este país estriba en que sea dirigida por europeos, pero valiéndose siempre de brazos árabes.

Los árabes no cultivan sino trigo y cebada. Se ha observado que siempre invierten mucho grano para sembrar, sin tener presente que sus labores son demasiado imperfectas: sembrar menos espeso y labrar á mayor profundidad, son dos puntos sobre los cuales deben empezar las reformas que conviene introducir en el cultivo.

A pesar de la imperfeccion con que se hacen las labores, el cultivo indígena (en cereales) proporciona en general al propietario del dominio de 25 á 30 por 100 del capital invertido. Es, pues, imposible que un europeo que no emplee brazos árabes, pueda sostener la competencia, por la



Mercado árabe.

sencilla razon de que los jornaleros europeos son excesivamente caros, y están siempre dispuestos á desertar, si hay otro que les ofrezca mayores salarios, mientras que el árabe ó kábila, acostumbrado á vivir con poco y apegado al suelo que ha visto al nacer, se contenta con un pequeño jornal si se le trata con dulzura ó solamente con justicia.

Si antes los árabes no fueron mimados por los turcos, pues siempre fueron avaros y opresores, no puede negarse que tampoco lo son hoy por los indígenas.

Véase ahora cuáles son las relaciones que existen entre el obrero y el dueño del terreno. El primero recibe las tierras en arrendamiento, con la condicion de que sus productos serán repartidos del modo siguiente: cuatro quintas partes para el dueño del terreno, y el resto pertenece al colono, que se llama *khammas* (que proviene de la palabra árabe *khamse*, cinco) ó cultivador. Una *sarmia*, ó sea un préstamo que el propietario hace al colono, viene á constituir el tratado entre ambos. Tambien este recibe algunos recursos con qué poder vivir con su familia hasta que se verifique la recoleccion. Esta *sarmia* de 30 á 70 francos va acompañada de algunos anticipos en efectos y de los bueyes que necesite para el cultivo de las tierras que recibe. Se llama *zouidja* el espacio de tierra que puede labrar durante un año un par de bueyes, que varia de seis á ocho hectáreas. La tierra debe ser labrada dos ó tres veces al menos, si el año anterior ha estado sin sembrar, ó de barbecho. La siembra se hace antes que el colono haya dado la última labor. El árabe debe trabajar todo el dia, y si se pone enfermo, será reemplazado por un obrero que aquel paga. Algunos propietarios, mas humanos, mitigan esta condicion. Cuando se promueven



ESCENAS DE COSTUMBRES ÁRABES. — Tipo de loco.

contestaciones entre ambos, la autoridad local no solo no se muestra clemente, sino que trata con gran rigor á los *khammas*. Además, estos tienen la obligacion de construir una *gourbi* (choza) que despues pasa á ser propiedad del dueño del dominio, y que debe estar colocada en el sitio que este previamente designe. La siega se hace por los kábilas ó habitantes de las montañas, y los gastos que ocasiona la recoleccion están á cargo del propietario. El precio de los jornales se fija anualmente por un consejo compuesto de los principales propietarios y del kaid, que es una especie de concejo del pueblo. Despues de recogida la cosecha, el dueño del dominio empieza por tomar los anticipos que ha hecho en granos para el alimento de los segadores; despues percibe las cuatro quintas partes que prestó al colono, y además el importe de los anticipos que hizo en géneros.

Esta sucinta relacion demuestra que la suerte del laborioso *khammas* es poco digna de envidia; y sin embargo, está contento, porque no conoce otra mejor. Creo que con pocos esfuerzos que se hicieran, unidos á una conducta mas humanitaria, se conseguiria que los árabes tomaran parte en las explotaciones europeas. Esto es justamente lo que acaba de suceder á varios colonos que contaban con algunos capitales para la explotacion. Para que en lo sucesivo las empresas europeas consigan beneficios de consideracion, es preciso que no choquen de frente con las costumbres, usos y susceptibilidades de los *khammas*. Así vemos que los estudios hechos por M. Fortin, de Ivry, acerca de la agricultura indígena, indican que existen en este pais ciertas tradiciones que es preciso conocer y á las que conviene doblegarse. Por ejemplo, si despues de terminada la siega y atadas las gavillas omitis dar á vues-



Iluminado predicando.

tros segadores un cordero por su comida sacramental, que señala el término de sus trabajos, pasareis por un avaro y dirán que teneis un corazon empedernido, y os exponéis á no encontrar al año siguiente sino segadores que pedirán precios excesivos. Si conclusis, por ejemplo, un trato cualquiera con obreros árabes ó kábilas, debeis servirles el café, hablar largamente con ellos y no aparentar que teneis prisa. Por estos ejemplos se comprenderá fácilmente que un estudio detenido de las costumbres árabes tiene alguna vez mas interés é importancia que el de una mera curiosidad. Además, si se observan con profunda atencion las costumbres de los árabes, nos convenceremos de que los hombres, cualquiera que sea el pais á que la Providencia los destina, y cualquiera que sea el Dios que adoren, existe entre ellos mas consanguinidad que á primera vista parece, y la diferencia que se cree observar es mas aparente que real.



Reunion bajo la tienda.

Hoy las relaciones que existen entre los *khammas* y los dueños de dominio son las mismas que existian antes en Europa entre los vasallos y la sociedad feudal. No dudamos, pues, que bendecirán la mano del que, sea ó no cristiano, los saque de tan miserable condicion, elevándolos gradualmente á la categoria de enfiteutas con condiciones justas y humanas y no leoninas y abusivas.

Los mercados árabes merecen una descripcion especial.

Desde luego hay que confesar que son muy animados y no pocas veces divertidos. Algunos se colocan de cuclillas delante de sus mercancías, que se componen de una gallina vieja, media docena de huevos, un manojó de ajos, tres nabos y algunas naranjas, traído todo de muchas leguas; y otros, mas demostrativos, invitan con el gesto y la voz á los parroquianos á que se acerquen á su puesto; y en medio de sus atronadores gritos, exclaman:

— ¡Sordi! ¡sordi! (¡un sueldo! ¡un sueldo!)

Por esta módica suma os ofrecen pan-galleta hecho sin levadura, ó coles ó tubérculos. En los campos los mercados tienen mayor importancia, porque se componen de ganados y cereales. Los kaidis y kadis son los encargados de administrar justicia, que lo hacen como San Luis á la sombra de algun árbol corpulento.

En estas reuniones se trata tambien de los intereses de la localidad, que no pocas veces degeneran en tumultos políticos. Un fanático predica; un agitador logra amotinar á los *beni-am* (hermanos de la tribu), contra una autoridad débil, y se asesina á algunos *scheikhs* y adeptos á la Francia.

Nadie ignora que en Oriente los locos son seres sagrados, pero desde que la Francia conquistó la Argelia, este país es para ellos la tierra prometida. En todas las comarcas pululan los hipocondriacos, los visionarios, los maniáticos, los estáticos, los inspirados y los convulsionarios, gozando de toda clase de inmunidades.

— « ¡Ada mahboul! » (¡este hombre es un loco!) es un pasaporte con el cual un ciudadano tocado y visitado por Dios, es decir, privado de la razón, puede librarse á toda clase de excentricidades, y en la confianza de que edificará con su locura, recibiendo en cambio las mayores pruebas de aprecio y hasta de veneración.

He oído una historia de un geólogo europeo, que en una de sus correrías por Argelia en busca de tesoros de su ciencia querida, fué atacado por unos bandoleros.

A la vista del saco con que iba cargado el geólogo, lleno de sus preciosos hallazgos, los ladrones creyeron haber descubierto un tesoro. Se detuvieron y le previnieron que les entregase sus riquezas. El pobre hombre ya se preparaba para entregarles el reloj y se despedía de su bolsa, cuando el jefe de la banda, despues de reconocido el saco y de haber visto una buena coleccion de piedras de todos colores, se lanzó, como los sicarios de Stradella, á los piés del feliz explorador, y cogiéndole la mano, la colocó sobre su frente, como una prueba del mas profundo respeto.

Despues se alejó, dejándole el reloj y la bolsa, y exclamando:

— ¡Ada mahboul!

Los insensatos y los maniáticos de la Argelia además de gozar del privilegio de no ser encerrados en un hospital, se ven colmados de bienes y gozando de los derechos mas sagrados. Estos felices mahbouls dan amuletos y distribuyen al pueblo sus harapos, todo por dinero. Además, considerados como seres sagrados, son hospedados en todas partes, reciben regalos, entran en las casas, tomando lo que les place, exigen dinero á los maridos y deshonran á las mujeres, *impunè per totam terram*.

Si estos locos se vuelven furiosos, han llegado al colmo de su grandeza. Entonces tienen ensueños proféticos y se vuelven predicadores, excitando á la maza en nombre de Dios. Ante el espantado vulgo, le dice que sus cinco dedos, que extiende ante él, se volverán otros tantos cañones que vomitarán fuego contra los aterrados cristianos; y los fusiles franceses no se disparan sin orden suya. En la Argelia, cuando un hombre sale de presidio, como Bou-Bargela ó malgastado su fortuna, se hace profeta como un medio para poder vivir. Por esta razón no debe sorprender que en este país se presenten nuevos demoniados y locos furiosos.

La estancia durante la noche bajo una tienda de campaña no es de larga duración, porque en general los árabes están fatigados de sus trabajos ó de sus largos viajes. Así que en el douar se recogen muy temprano, sin que á la entrada de la noche se oigan mas que los ladridos de los perros. Sin embargo, cuando un extranjero de alguna distinción ha recibido la hospitalidad bajo la casa hecha de piel de *scheikh*, se le acompaña hasta despues de la última comida de la tarde. Los parientes y amigos del *scheikh* por mera curiosidad y por cortesía hacen una visita al ilustre extranjero.

Al entrar, saludan diciendo:

— ¿Ouèche alek? ¿Ouèche entá? (¿Cómo vas? ¿cómo estás?)

Despues se sientan con la mayor ceremonia, formando círculo sobre la alfombra ó sobre la estera. Entonces se fuma ó se toma café. Los árabes hablan de los trabajos agrícolas, del trigo y de la cebada; y cuando el viajero les dirige alguna pregunta á la que su prudencia habitual cree no deber contestar, guardan el mas profundo silencio. Despues de una hora próximamente de este discreto coloquio, las visitas que han puesto un cuidado especial en examinar vuestras armas, vuestros trajes, etc., se levantan una á una y se eclipsan como si fueran sombras. En aquel momento parece como si una mano invisible hubiera cerrado vuestra tienda. Un instante antes estabais con una amable compañía, y de repente os veis completamente solo. En esta situación no os queda otro recurso que echaros sobre la estera, sobre el colchon de campaña, teniendo por almohada la silla de vuestro caballo.

F. M.

### Revista de Paris.

Se está organizando en Paris una sociedad literaria que se propone nada menos que la regeneración del teatro. La empresa es árdua. El teatro moderno vive casi exclusivamente de la inmoralidad mas ó menos acentuada, y por lo tanto, nada mas difícil que arrancar un mal que ha extendido tanto sus funestas raíces. Verdad es que las dificultades hacen mas meritorias las obras dirigidas á extirpar el mal, y cuando se ponen á la cabeza hombres bien decididos, celosos de su empresa, inteligentes, se debe aplaudir la tentativa.

En tal caso se encuentran los fundadores del Teatro Moral, que este es el título de la sociedad á que nos referimos.

Días pasados celebraron los socios una reunion brillantísima, y el afamado novelista M. Paul Feval pronunció un discurso que hizo las delicias de los que tuvieron la suerte de oírle.

Los diarios han reproducido algunos de los períodos principales que han sido leídos con interés y aprobados por todos los hombres que piensan como la sociedad á que M. Paul Feval pertenece, los cuales son quizás mucho mas numerosos de lo que podría creerse á primera vista. Desgraciadamente su inacción está probada. Vamos á demostrarlo haciendo algunas observaciones sobre el discurso en que se da á conocer el fundamento de la Sociedad del teatro moral y sus propósitos.

M. Paul Feval comienza diciendo que va á ser el abogado de la causa del bien contra el mal, contra ese mal que tiene invadido el teatro francés contemporáneo y del que se queja todo el mundo sin buscar remedio.

Ciertamente es así; pero ¿está bien seguro Paul Feval, de que se queja todo el mundo, principiando por los empresarios?

Otra cosa sería si las protestas fueran exactas.

En primer lugar, los autores no darian las comedias, causa del escándalo; y si hubiera empresas que se atrevieran á ejecutarlas, el público huiría de ellas.

Desgraciadamente no es así: los cuadros de malas costumbres hacen fortuna: lo que en un principio no fué otra cosa que una excepcion, ha venido á convertirse en regla permanente.

¿Qué de familias se privan en Paris de un espectáculo que hasta ahora, generalmente hablando, habia estado permitido á todo el mundo!

Y se privan con razón; pues lo mismo en las escenas de último orden que en los teatros aristocráticos, la literatura dramática que combate M. Paul Feval, reina y triunfa como soberana.

El orador novelista se hace una ilusión muy singular.

Cree que el nivel superior entre los autores dramáticos es excelente: pondera con toda justicia, el talento de Victor Hugo, Dumas, Emilio Augier, Jules Sandeau, Sardou, Octavio Feuillet, Barrière y otros; á su juicio, esta falange inteligente es inmejorable, no hay nada que decir contra su producción, y al contrario, debe presentarse como ejemplo.

Donde encuentra el mal es en los jóvenes, en los débiles, que simpatizan con la enfermedad del gusto público pervertido, con el interés de algunos empresarios: á estos se les debe predicar la moral, se les debe hacer comprender cuánto influye el teatro en las costumbres, como si hicieran obras inconscientes.

Seguramente, si consideramos el talento, los nombres citados le representan en el mas alto grado posible entre los autores de nuestros días, y decimos mas; sus primeras producciones, si se exceptúa Alejandro Dumas hijo, que todos sabemos la vena que ha explotado desde que tan brillantemente se dió á conocer con la *Dama de las Camelias*, difieren muchísimo de las últimas. Ese gusto pervertido á que alude Paul Feval, se ha ido introduciendo paulatinamente en sus obras, que solo por sus condiciones literarias, se diferencian de las de los débiles. En el fondo es siempre lo mismo.

Parécenos supérfluo insistir en este punto.

Desde hace ya años venimos dando cuenta á nuestros lectores de las producciones mas notables que se suceden en los teatros de Paris, y cada vez tenemos que señalar mas y mas el flaco fundamental del repertorio.

No sabemos, pues, si los mil quinientos autores dramáticos que hay en Francia (Paul Feval cree que su número llega al doble), se separan del ejemplo que dan sus maestros ó le siguen. Reflexionándolo bien, quizás nos decidiríamos por lo último.

Y el orador en el fondo tiene sus recelos en este punto, á pesar de sus afirmaciones.

¿Por qué propone la creación de un teatro moral, de un refugio como él le llama, para solaz de las familias?

Los autores que nombra son los abastecedores principales de los teatros parisienses; y puesto que en sus obras

no se descubre la tacha de la inmoralidad, ¿qué necesidad hay del refugio? Cada vez que se lee un nombre de esos en los carteles, se puede acudir al espectáculo sin temor de que se lastimen los ojos ni los oídos.

Pero no es así; y el mismo Paul Feval cuando le preguntan ó qué función se puede llevar á una joven, se encuentra en un apuro, no sabe qué responder porque « á pesar de que se dan buenas piezas, no hay un buen teatro, un teatro en donde al cabo de nobles emociones y sanas alegrías, esté la gente al abrigo de algun grueso escándalo, servido brutalmente, con toda crudeza, en el plato mal enjugado del realismo; » y añade que un estado como este es una vergüenza para Paris y para la Francia.

Es decir, que á la comedia moral del escritor de talento, suceden los cuadros escandalosos de los que trafican con la literatura.

Si fuera así, habria fácil remedio: todo se reduciría á saber el nombre del autor antes de poner los piés en el teatro.

Pero esto no basta: M. Paul Feval lo sabe mejor que nosotros.

Lo cierto es que la seguridad de que con rarísimas excepciones, no se puede ver en Paris una comedia de costumbres que no se deslice por la pendiente pernicioso, ha limitado el público que asiste á las funciones, el cual constituye como una sociedad exclusiva. Este público hace la ley y en vano lucharían hoy contra la corriente los autores y las empresas.

Con sentimiento lo decimos; pero la obra que se propone M. Paul Feval será infructuosa.

El Teatro Moral no pasará de proyecto.

La aristocrática sociedad que oía el discurso-programa y aplaudía el brillo de la palabra, las agudezas y las delicadas observaciones del orador que no queria atacar de frente á los celebrados escritores á quienes colmaba de elogios, se prestará quizás á hacer la prueba, con lo cual se convencerá el iniciador prácticamente.

Es cuestión de reunir fondos para la fundación, y seguramente habrá quien atienda al llamamiento de Paul Feval, concentrado en las siguientes palabras que forman la conclusion de su discurso:

« Permittedme que en el último momento me dirija á las señoras. Sí, á vosotras me dirijo, algo me debeis, pues habia traído aquí la coleccion completa de los extravíos de la literatura mercantil, y la he escondido caritativamente. Hacedme, pues, el favor de escucharme un minuto mas. ¿Conoceis algo mas sencillo y cordial que el pensamiento del filántropo inglés Ricardo Wallace sembrando oasis de bronce en el desierto animado de Paris? Yo confieso que no puedo ver sin enternecerme, como un obrero, una mujer, un niño apagan su sed en esas fuentes.

» Pues bien: la inteligencia tiene sed lo mismo que el cuerpo. Ciertamente no faltan en Paris manantiales que derraman el placer; pero nunca se sabe cuál agua es pura, cuál es ponzoñosa, y hay excelentes familias que desearían llevar á sus labios la copa de las letras y las artes. Para vosotras todas que estais acostumbradas á practicar el bien, ¿no sería una obra laudable, la de crear por fin el oasis intelectual, el teatro Wallace ofreciendo una distracción siempre pura y en cuyo fronton pudiese escribirse: Aquí el espíritu y el corazón pueden beber sin peligro? El inglés ha hecho mas de lo que debia; ahora os toca á vosotras. Vosotras sois Paris, en su mas delicada encarnación; sois el atractivo de Paris, su encanto y su sonrisa; Paris es vuestro, puesto que vosotras sois de él. Haced pues, que vuestro Paris, este pobre loco de placeres, tenga por lo menos la libertad de elección entre el placer que reposa y el que mata. Hacedlo por él, y hacedlo por vosotras; en vuestro cielo hay nubes que se amontonan; creedme, defendeos. Este punto de la batalla os pertenece. Dios ha puesto en vuestras bellas manos un precioso talisman: servios de él cuanto antes.

» ¿Quién sabe si no es esta la última hora propicia? En cuanto á lo que hay que hacer, decid solo: Yo lo quiero; pero como sabeis decirlo: pegad con vuestra vara mágica, sombrilla ó abanico en esta tierra milagrosa de Paris, y sucederá que brotará la fuente, porque las hadas lo habrán querido, y una vez mas sereis beneméritas no solo de Paris, sino de cuanto imita á Paris, esto es, del mundo entero. »

Dícese que este llamamiento pecuniario á beneficio de la moralidad escénica ha producido efecto, y que ya se han presentado á M. Paul Feval algunas proposiciones para la realización de la empresa.

Lo creeremos en cuanto lo veamos.

Una combinación teatral es una industria, y dudamos mucho que los capitales cuantiosos que se necesitan para esta de que tratamos, se aventuren fácilmente, dadas las circunstancias del día, y sobre todo, cuando tan acentuado está en otro sentido el gusto del público que acude á las funciones teatrales.

Pero es tiempo ya de que dejemos de hablar del proyectado Teatro Moral: pasemos á los otros.

Por donde quiera que dirijamos la vista en busca de

novedades, nos encontramos con la realidad, la terrible realidad que en el discurso de que acabamos de tratar combate con tanto talento el célebre novelista.

Si los autores especiales no tienen surtido á mano, se apela al repertorio antiguo, y se vive sobre la fama adquirida por centenares de representaciones.

Así lo ha hecho el teatro de Variedades sacando á relucir la *Perichole*, ópera bufa en tres actos, de los señores Meilbac y Halevy, música de Offenbach.

La partitura se ha modificado y hay piezas nuevas; pero en suma, esta refundición no ha cambiado en manera alguna el conjunto de la obra.

Su argumento es el mismo; basado en una de esas fábulas grotescas que tienen el privilegio de suscitar la hilaridad pública, no presenta ninguna atenuación á su primitivo carácter que pasa de lo absurdo.

Para que nada falte de lo que constituyó su atractivo cuando se estrenó, la Schneider hace el papel de protagonista y Dupuis el de Piquillo. No hay para qué decir que tenemos función para todo el verano, si la Schneider se encuentra libre de contratas, ó consiente en trabajar tanto tiempo seguido, pues no en balde posee fama y fortuna.

Entre tanto el teatro de los Bufos acaba de dar un golpe maestro.

El nuevo teatro del Renacimiento, construido al lado del de la Puerta de San Martín, no sabiendo sin duda á qué género encomendarse, vió muy floreciente la opereta de farsa y se encomendó á ella.

Para esto tuvo la suerte de descubrir á una artista cantante en un café concierto, madama Theo, que hizo furor desde que apareció en escena.

Sin embargo, la empresa no prosperaba, y el teatro de los Bufos que se resentía de la competencia, entró en tratos con el empresario del Renacimiento y se reunieron las dos compañías.

Madama Theo canta y representa hoy con la Judic y la Peschard, sus rivales en la opereta.

El espectáculo de reconciliación se compone principalmente de *Pomme d'api*, en un acto, de Busnach y Halevy, música de Offenbach, en el cual se dió á conocer tan brillantemente madama Theo, y de la *Chanson de Fortunio*, otro acto del mismo Halevy y del mismo Offenbach, el más fecundo de los compositores de nuestros días.

Con igual favor que en el teatro del Renacimiento ha sido recibida en los Bufos parisienses madama Theo. Nos repugna marchar contra la corriente; pero á decir verdad, no sabemos qué encanto descubren los parisienses en la voz indefinible de esta artista; en cuanto á su persona es diferente: posee la gracia risueña de la juventud y es una actriz de instinto. Seguramente ha nacido para la comedia.

El teatro Italiano ha cerrado sus puertas el 5 de mayo, con la representación del *Barbero* por la Bellocca, la estrella de la temporada, para hablar el lenguaje moderno.

En otras ocasiones hemos hablado ya de esta jóven artista, que no carece, á nuestro juicio, de porvenir, no obstante que sus facultades son reducidas. De todos modos ha sido, en efecto, la más notable de las que nos ha presentado M. Strakosch.

Ignoramos si el teatro se ha cerrado de veras; esto es, si tendremos ó no compañía italiana para el mes de octubre próximo. Se cree que M. Strakosch está indeciso, y le asisten motivos para ello, pues sin subvención y con el descenso tan pronunciado que ha tenido en París la música italiana, los riesgos que se corren son muy grandes y casi seguros.

En la Grande Opera se suceden las funciones de despedida. Noches pasadas tuvimos la de Mlle Fidès Devries, que deja el teatro para siempre, según ha afirmado con toda solemnidad al anunciar su casamiento.

Es una pérdida, una gran pérdida para la Academia nacional de música. La distinción natural de Mlle Fidès Devries, así como su talento artístico, no se encuentran fácilmente, y todo el París filarmónico deplora su retirada prematura.

En todas las óperas del repertorio corriente ha obtenido triunfos, y principalmente en la Margarita de *Fausto*, en la Eudoxia de la *Judía* y en la Agata de *Freischütz*. Con dificultad será reemplazada en estos papeles.

Después de la desaparición definitiva de Mlle Fidès Devries, hemos tenido la de Faure en *Don Juan*; pero esta, afortunadamente, será de corto tiempo.

Faure va á disfrutar de su licencia anual cantando en el extranjero, y París le volverá á encontrar en cuanto empiece la temporada de invierno, que esta vez será brillante cual nunca, con la inauguración del nuevo y suntuoso teatro, cuya conclusión se apresura.

¡Ni esta fiesta, que hará época entre las grandes solemnidades teatrales de París, excita la afición á la novedad en el empresario de la Grande Opera! Probablemente hará el gasto Meyerbeer, como en una función cualquiera. Los críticos franceses comienzan á echar de ver que el repertorio no se renueva á menudo: ya era tiempo.

MARIANO URRABIETA.

Exposicion de Bellas Artes

EN PARIS.

El viernes 1º de mayo se ha abierto en París, en el palacio de la Industria, la Exposición anual de Bellas Artes, correspondiente á 1874. El reglamento administrativo ha dividido esta vez las obras de arte en siete clases, á saber:

- I. — Pintura.
- II. — Dibujos, aguadas, pinturas al pastel, miniaturas, esmaltes, porcelanas y vidrieras.
- III. — Escultura.
- IV. — Grabado en medallas y en piedras finas.
- V. — Arquitectura.
- VI. — Grabado.
- VII. — Litografía.

Todo artista tenía derecho de enviar tres obras pertenecientes á cada una de las siete clases; por manera que un artista que fuera á un tiempo pintor, dibujante, estatuero, grabador en medallas, arquitecto, grabador en acero ó en madera ó al agua fuerte y litógrafo, habria podido presentar en el palacio de los Campos Eliseos veinte y una obras bajo su firma.

Además, el reglamento disponia que todo artista que hubiese obtenido el gran premio de Roma, ó una medalla cualquiera en las Exposiciones anteriores, estaria libre del exámen del jurado.

En estas condiciones se encontraban 1,411 artistas, de ellos 1,152 nacionales y 259 extranjeros.

Del 10 al 20 de marzo último se presentaron en el palacio de la Industria 6,886 obras por 3,962 artistas; de las cuales se hallaban libres de exámen, por efecto de la susodicha disposición, 1,160 obras.

Ahora bien, las obras de arte admitidas y que figuran en los salones del palacio de los Campos Eliseos, ascienden al número de 3,657, clasificadas del modo siguiente:

Pintura . . . . .	1,852
Dibujos, etc. . . . .	776
Escultura . . . . .	569
Grabado en medallas, etc. . . . .	64
Arquitectura . . . . .	404
Grabado . . . . .	255
Litografía . . . . .	37

Si se comparan estas cifras con las de los años anteriores, se observa que hay un aumento en el catálogo, de 1,515 más que en 1873 y de 1,590 más que en 1872.

Hé aquí las noticias principales sobre la cantidad; en cuanto á la calidad, tendremos ocasión de apreciarla cuando demos á conocer por medio del grabado las obras más notables.

En este número reproducimos una colección de paisajes, género en que tanto se distingue la escuela francesa contemporánea. Hemos reunido en dos páginas las principales obras, y vamos á dar sus títulos con el nombre de los autores, limitándonos por hoy á esta indicación sumaria.

- 1775. — VÉRON. — El patio del traperero, en Crécy-en-Brie.
- 1187. — LÉPINE. — El muelle de Ivry.
- 1769. — VERNIER. — Los Martigues, estanque de Berre (Bouches-du-Rhone).
- 896. — HARPIGNIES. — Vista tomada en el Allier.
- 112. — BEAUVERIE. — La mañana á orillas del Oise.
- 505. — DALIPHARD. — Nuestra Señora de Paris.
- 252. — BREST. — Barcas turcas en el Bósforo.
- 1648. — SAUVAGEOT. — Día de lluvia en Moret (Seine-et-Marne).
- 1843. — YON. — La mañana.
- 1273. — MASURE. — Puesta de sol en la playa de Grandville (Manche).
- 870. — GUIAUD. — La Escalera de los Gigantes, en Venecia.
- 914. — HÉREAU. — Márgenes del Mosa: cercanías de Rotterdam (Países Bajos).
- 1061. — LAMBINET. — El Sena en Bougival (Seine-et-Oise).
- 2531. — ROTHSCHILD (Madama Nathaniel, baronesa de). — Portada de la iglesia de Beost, (Bajos Pirineos).
- 953. — IMER. — Cuesta de San Juan de Orbeitier (Vendée).
- 1830. — WATELIN. — El pantano de Sacy-le-Grand (Oise).
- 550. — DEFAUX. — El Caos en Villers-sur-Mer (Calvados).
- 976. — JAPY. — Aurora.
- 854. — DE GROZEILLER. — Mañana de otoño.
- 1105. — LAVIELLE. — Tarde de setiembre en la selva de Fontainebleau.
- 1074. — LANSYER. — Ladera de Kerlouarneck (Finistère).

LA NIÑA DE ORO,

Novela original inédita

ESCRITA PARA

El Correo de Ultramar,

POR

JULIO NOMBELA.

(Continuacion.)

Tampoco frecuentaba los bastidores de la Opera, porque la experiencia le habia demostrado lo peligroso de aquellas visitas.

Pero conocia todas las personas notables de Madrid, músicos, poetas, médicos, especialistas, comerciantes, industriales, fosforeros y revendedores de billetes de espectáculos.

Siempre estaba de buen humor, siempre dispuesto á contestar con un saludo, una sonrisa, siempre dispuesto á hacer favores.

En este punto no tenia igual: su mayor satisfacción era dispensar beneficios, ser útil á sus amigos, y puede asegurarse que la mayor parte de su patrimonio se le habia ido en dádivas, en préstamos.

Era generoso por naturaleza, y lo único que le mortificaba era que su bolsa no alcanzase donde llegaba su voluntad.

Apenas vió á Eusebio corrió á su encuentro.

— Amigo mio, le dijo, es Vd. un descastado.

— ¡Yo!

— Sí, por cierto; hace una hora que he estado á ver á Vd. Creí que un día como el de hoy lo consagraria Vd. á los amigos, y he ido á ver á Vd., á felicitarle, á fumar un habano con Vd...

— ¡Tanta bondad!

— Pero no señor: la puerta estaba cerrada, la campanilla sonaba en vano, nadie acudia...

— El truhan de mi criado habra escurrido el bulto.

— Es muy posible; lo cierto es que yo cansado de llamar bajé las escaleras mohino y disgustado, dejé una tarjeta al portero y me propuse venir á Vd. cuando le viera. Ya le he reñido: ahora venga esa mano.

— Con mucho gusto, mi querido vizconde.

— Es Vd. un uraño... pero le veo á Vd. en buena compañía y no quiero molestarle más.

— Al contrario, me dará Vd. un placer si me hace en el paseo la visita que he perdido, por no hallarme en mi casa.

— Con mucho gusto, pero...

— El señor es un íntimo amigo mio, don Serafin Morales; es además mi socio, dirige y administra la fábrica de harinas que tenemos en Zaragoza, ha venido á pasar el día conmigo y tendrá mucho gusto en pasear con usted.

— En efecto, dijo Serafin.

— El señor vizconde de Villa Florida, á quien tengo el gusto de presentarte, dijo Eusebio á su amigo, amenizará nuestro paseo, y á tí, humilde provinciano, y á mí, ignorado madrileño, nos ofrecerá con su agradable conversacion, la más interesante de las novelas sociales.

— Es favor, mi querido Martínez, dijo el vizconde á Eusebio; pero ya que tan buenos son ustedes que quieren honrarme con su compañía, les dedicaré la tarde.

— Pues prosigamos paseando.

Los tres continuaron el camino que llevaba el vizconde, y aunque no careceria de interés el cuadro que con sus datos, sus apreciaciones y sus saludos, desarrolló Villa Florida á los ojos de Eusebio y Serafin, me limitaré á bosquejarle ligeramente.

A cada instante saludaba el vizconde ya á una dama que ocupaba una preciosa victoria, ya á un jóven elegante que guiaba su *char-à-banc*, ya á una aristocrática familia que iba en landó, ya á algun banquero ú hombre político que paseaba en *clarens*.

Los de á pié tambien eran objeto de sus saluciones, y al paso cambiaba frases con algunos.

— ¿Irá Vd. á la noche?

— No faltará.

— He visto á la baronesa y le anda á Vd. buscando, se va á poner muy triste si no le encuentra.

— Adios, encantadora burlona.

— Recibi sus recomendaciones de Vd. y haré cuanto pueda, mi querido vizconde.

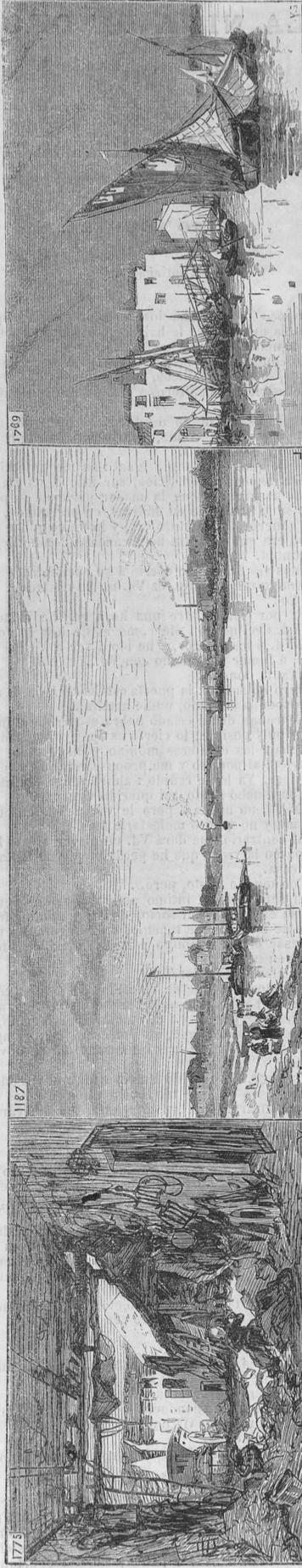
— Gracias, duque.

— Esta noche nos toca el palco: le esperamos á usted.

— Iré sin falta.

Estas y otras frases, alternando con guiños, señas y reverencias á los que iban en coche, cortaban á menudo la conversacion de los tres amigos, y hacian al vizconde salpimentar su plática con anécdotas chispeantes, apreciaciones rápidas y chistes oportunos.

No parecia un hombre, sino una veleta.



1775

1187

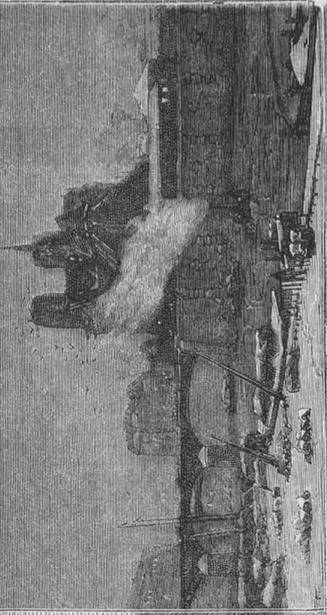
1769



896

1121

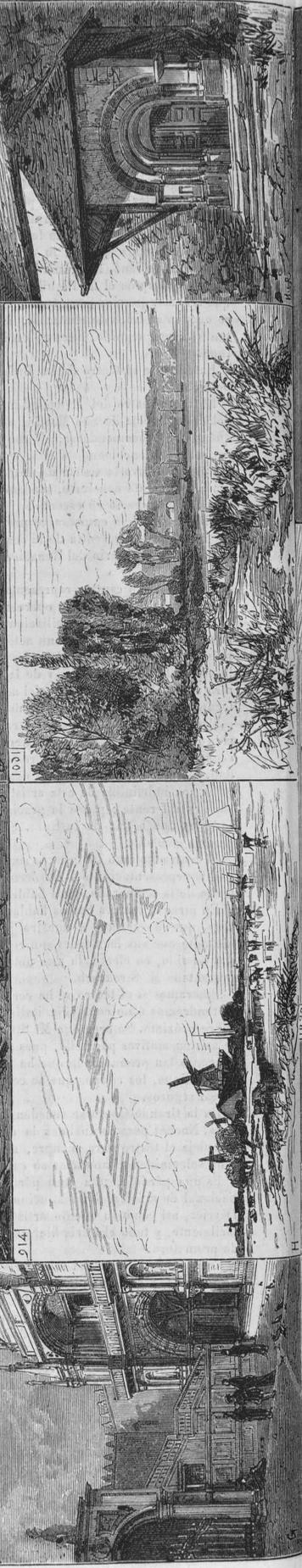
893



1348

1121

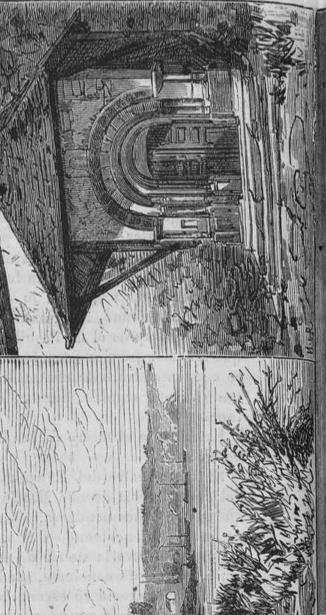
845



870

1130

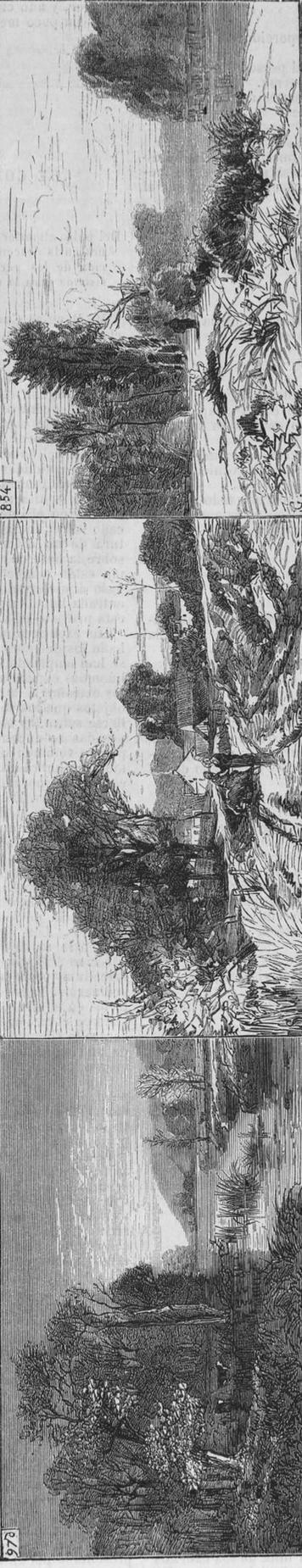
1031



953

1130

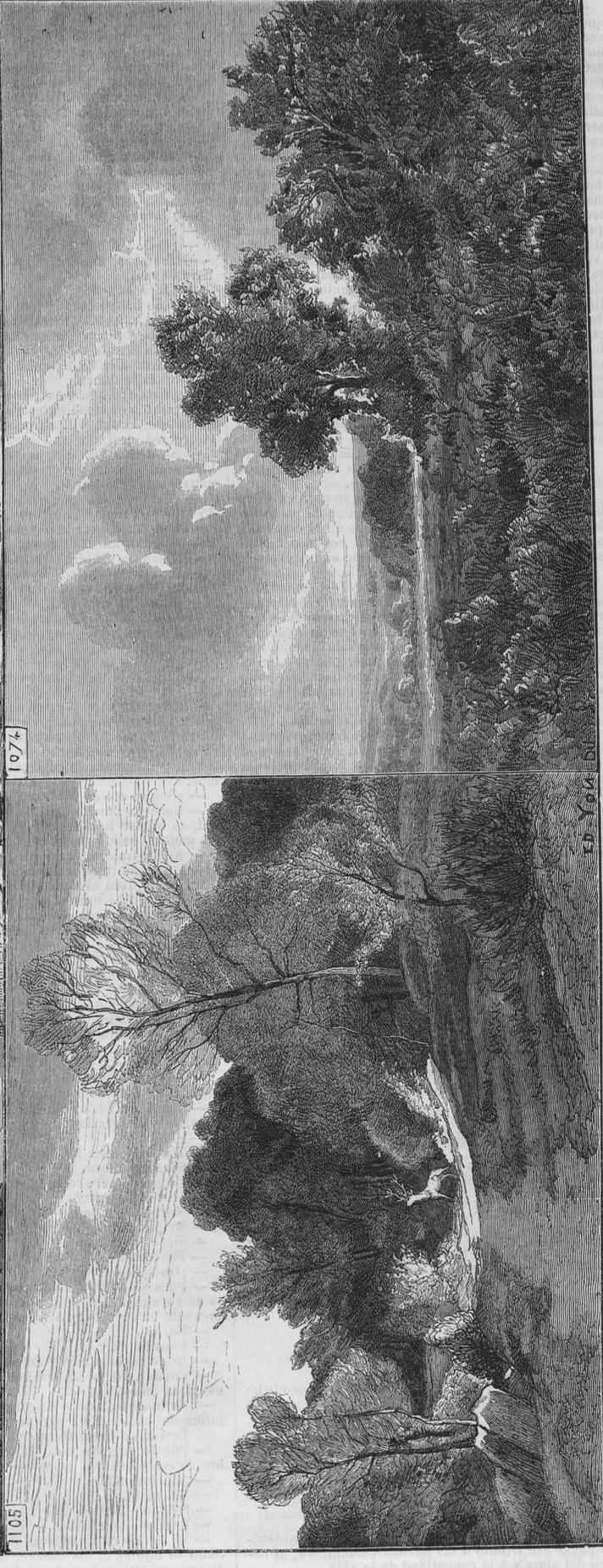
1031



972

1074

854



1105

1074

854

Segun el viento que soplabá cambiaba de estilo y de fisonomía.

— Vea Vd. aquella rubia, decía... Hace dos meses que ha perdido á su esposo. Lo sintió mucho, pero al ver lo bien que le sienta el luto, se ha consolado. ¡Oh! no volverá á casarse sin la esperanza de enviudar pronto. Yo la conozco : se ama tanto á sí misma, que por gustarse va á querer enviudar por lo menos una vez todos los años. ¿Ven ustedes aquel caballero tan alto y tan tieso? es un antiguo diplomático ; pero está arruinado y cree que su diplomacia ha de valerle para colocar bien á sus dos hijas. La que le acompaña es Ernestina, la otra se llama Ofelia. Los nombres son bonitos y las chicas no son malejas ; pero carecen de dote. Las malas lenguas dicen que no tienen las dos mas que un traje. El papá saca cada día á una y siempre viene á paseo el mismo traje. Así es que el día en que case á cualquiera de las dos, ó la envía desnuda al que cargue con ella ó deja sin vestido á la soltera. ¿Ven ustedes la señora del traje azul? es la duquesa de Cantillana ; siempre va sola. Está separada amigablemente de su marido, pero viven juntos por el qué dirán, lo que no quita para que ella admita en su intimidad á un capitán de artillería, buen mozo y elegante, y para que él esté en relaciones con una prima de su mujer, casada con un viejo y divorciada desde hace cuatro años. Allí va la mamá fecunda ; nada menos que cuatro pimpollos tiene, cuatro chicas á cual mas feas, pero son ricas y se casarán.

El vizconde con estas y otras noticias amenizó la conversacion produciendo diversas impresiones en sus dos acompañantes.

— ¡Me horroriza Madrid! pensaba Serafin.

— Mi teoría es cierta, aquí todo es farsa, la única verdad es el dinero, pensaba Eusebio.

— No comprendo cómo hay quien se case en estos tiempos, dijo de pronto el vizconde. Por mi parte declaro que si algún día me tocara Dios en el corazón y me decidiera á doblar la cerviz á la coyunda matrimonial, iría á buscar novia al fondo de una provincia.

— Usted es de los míos, dijo Serafin.

— Sí, señor : en las provincias hay fortunas saneadas. Las jóvenes provincianas son agradecidas y sobre todo no están maleadas. Un madrileño está seguro de hallar correspondencia, y lo que es mas, una mujer para toda la casa, no como las de Madrid, que solo sirven para el salón, y algunas, pocas, para el gabinete. El mejor negocio que puede hacer un pollo de buena sociedad es casarse con una provinciana rica.

— Ya no soy de los de Vd., exclamó Serafin.

— Ni yo tampoco, añadió Eusebio. La provinciana no ama al madrileño por sus prendas, sino por lo que tiene de Madrid. La aldea sueña con la provincia, la provincia con la corte ; y el cortesano es el principio de la realizacion del sueño. La provinciana adora al madrileño con sus ilusiones, y se ama á sí misma en él. Pero esta fascinacion desaparece, y en la vida íntima despliega sus defectos provincianos, sus aficiones á la murmuración, sus envidias, sus rencorillos, sus economías que rayan en avaricia cicatera, su curiosidad que peca de impertinente ; y en cambio pierde sus buenas costumbres, su timidez, su afición á las tareas caseras, su experiencia para dirigir las operaciones de la cocina, su cuidado para el repaso de la ropa blanca, para el lavado, para el planchado...

— Amigo Martínez, tiene Vd. mucha razón, y veo con gusto que es Vd. un gran observador. Las razones que acaba Vd. de exponer me convencen... Lo mejor es pensar toda la vida en casarse y no poder realizar este buen pensamiento.

— No, vizconde... Lo mejor es casarse con una mujer rica si uno es rico, con una mujer pobre si uno es pobre.

— Oiga Vd., señor diablo predicador ; ¿por qué no pone Vd. en práctica su teoría?

— ¿Quién sabe?...

— ¿Esas tenemos?

— El refrán dice que donde menos se piensa, salta...

— ¿Una boda?

— Dice una liebre ; pero lo mismo da.

— Vaya, no sea Vd. tan reservado ; ó mucho me equivoco, ó á juzgar por sus palabras, anda Vd. tras de oír la epístola de San Pablo. ¿No es verdad, don Serafin?

— Él dirá, contestó este algo mohino, porque no le agradaba el giro que había tomado la conversacion.

— En efecto, he pensado seriamente en casarme.

— ¿Con una mujer rica, puesto que Vd. es rico?

— Sí, señor.

— ¿Y quién es ella, si no soy indiscreto?

— Lo ignoro aun.

— ¿Es posible?

— Como Vd. lo oye.

— No me explico...

— Es muy fácil : he pensado casarme, y como lo he pensado esta mañana, aun no he tenido tiempo de buscar novia.

— ¿Qué cosa tan original!

— Es sencillísimo.

— ¿No se chancea Vd.?

— De ningún modo... ¿No es verdad, Serafin, que mi proyecto tiene, á lo sumo, seis horas de existencia?

— Así es.

— Nos hemos convencido los dos de que es necesario pagar ese tributo á las buenas costumbres, al recreo del alma y á la comodidad de la vida.

— ¿Y aun no ha pensado Vd.?

— ¿En la novia?

— Sí.

— No, señor.

— Vaya ; pues yo voy á proporcionarle á Vd. una, que ni hecha de encargo.

— Es verdad... Vd. conoce el personal de las jóvenes casaderas, y podrá Vd. guiarme.

— ¿Se contentaría Vd. con cuatro millones de dote y una herencia de seis mas?

— No, señor.

— ¿Le parece á Vd. poco?

— Me parece mucho bajo el punto de vista del dinero ; pero como yo no he de casarme con el vil metal, sino con la mujer que lo posea, es preciso que al dote acompañe la mujer.

— ¿Jóven?

— Sí.

— ¿Bella?

— También, aunque eso es lo de menos ; la preferiría buena.

— ¿Bien educada?

— Y de buenos sentimientos.

— Nada... nada... lo dicho ; tengo la novia que necesita Vd., y puede ser que me sea fácil enseñársela á Vd. esta misma tarde.

— ¿Viene á la Castellana?

— No falta nunca.

— ¿Supongo que no vendrá sola?

— ¡Oh! no : viene en carruaje con su papá ; pero hasta que la vea Vd. no quiero decirle su nombre. Podría Vd. desecharla...

— No tema Vd. eso, mi querido vizconde... Mas bien será ella la que castigue mi atrevimiento con unas sendas calabazas.

— ¿Por qué? Aunque es Vd. modesto, todo el mundo sabe que tiene Vd. fortuna, y lo que es aun mejor, que sabe Vd. conservarla y engrandecerla.

— Pero mi humilde cuna...

— Usted ha sabido honrarla.

— Me faltan los perfiles del buen tono.

— No diga Vd. eso...

— En fin, si cree Vd....

— No creo. Estoy seguro de hacer la boda mas dichosa del mundo si logro que sea Vd. marido de la Niña de oro.

— ¿La Niña de oro?

— Sí... así, la llamamos en la buena sociedad.

— ¿Por su riqueza?

— Es rica... ya ve Vd. ; su padre tiene de renta treinta y tantos mil duros... un capital de quince millones lo menos, y su familia se reduce á dos hijos ; su futura de Vd. y un muchacho de muy mala cabeza, alfez de coraceros... Buen muchacho, pero lleno de vicios.

— ¿Segun eso es viudo?

— Hace ya muchos años... ¡Ah! pero no crea usted, su hija se ha educado en las Salesas, y ha tenido las mejores institutrices de París y de Londres.

— Amigo mio, quiere Vd. elevarme demasiado, y voy á dar un batacazo enorme. Renuncie Vd. á su plan... esa jóven es demasiado para mí.

— Mirela Vd., mirela Vd., exclamó el vizconde, saludando á una jóven que á la derecha de un caballero de edad atravesó rápidamente la calzada en un magnífico landó.

— ¿Es ella?

— Sí... la Niña de oro... ¿No ha visto Vd. sus cabellos?

— Parecen de oro... es un rubio especial... no he visto otro en mi vida.

— ¿La ha mirado Vd. bien?

— ¡Oh! sí.

— ¿Y qué tal?

— Lo que he dicho antes... es demasiado para mí...

Si en vez de ser de oro fuera de plata...

— Ahí tiene Vd. una jóven á quien la riqueza va á hacer muy desgraciada.

— ¿Por qué?

— Todos piensan lo mismo que Vd.

— Será orgullosa.

— Un poco ; pero lo es con tal gracia, que cautiva.

— ¿Usted la trata?

— Mucho... Su padre fué íntimo amigo del mio.

— Me parece que vuelve.

— Sí.

— Fijese usted ahora.

— ¡Oh! ¡Es bellísima!

— Pues yo le digo á Vd. que su cara es digno espejo de su alma. Con que, vamos, ¿quiere Vd. que le presente en su casa? Las recepciones son los juéves.

— No, no.

— Pero hombre.

— Es demasiado rica y demasiado bella...

— Cómo ha de ser... hubiera deseado mostrarle á usted mi amistad.

— No lo dudo... pero dejemos al azar el cuidado de buscarme mujer. No tengo prisa.

— Es Vd. un bromista, por no decir un camastron.

— Puesto que soy moro de paz, dígame Vd. el nombre de esa jóven.

— ¿Curiosidad?

— Sin duda.

— Se llama Hortensia.

— Precioso nombre.

— Su padre es el marqués de Valle Ameno ; pero como su hijo es el mayorazgo, la niña de los cabellos de oro, mientras viva su padre, será la marquesita

de Valle Ameno, y despues Hortensia de Albiñana.

— No es la primera vez que oigo el título de su progenitor, y aun creo que vive en la calle del Barco.

— Un poco menos.

(Se continuará.)

## BOLETIN

### DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

Del polvo atmosférico. — Efectos que producen los gérmenes en la descomposicion amoniacal de la orina. — Accion de los gérmenes sobre las heridas. — Un nuevo sistema para la curacion de las heridas.

M. Douglas Cunningham ha publicado en Calcuta el resultado de sus estudios microscópicos acerca de la constitucion física del aire. El aparato de que se ha servido consiste en tres tubos de laton ; el del centro está dividido en dos compartimientos por medio de un diafragma transversal ; los otros dos tubos envuelven el del centro de tal modo, que sus dos extremidades llegan á colocarse al mismo nivel del diafragma, cuyo borde exterior, un poco saliente en la superficie del tubo central, sirve para reunirlos. Sus dos extremidades terminan, la una por una veleta, y la otra está cerrada por medio de un embudo, cuya parte mas alta se halla colocada en medio del diafragma en el interior del tubo central. Un eje colocado sobre una aguja atraviesa el diafragma á la altura de un diámetro y descansa su punta inferior sobre la base de este sistema. Los bordes del diafragma están cubiertos de pequeños agujeros que dan paso al aire, y delante de la abertura que tiene á la entrada hay una plancha de cristal, cuyo lado inferior está provisto de un ligero borde.

Las experiencias hechas cerca de Calcuta han probado los defectos de que adolecian otros métodos que se han empleado hasta hoy. Por ejemplo, las planchas húmedas expuestas al aire, pueden presentar elementos extraños á la atmósfera, y ser trasportados de los objetos que los rodean, y otros que pueden desarrollarse sobre las mismas planchas. Las sustancias mas pesadas se encontrarán en una excesiva proporcion por un volúmen de aire determinado, porque el mismo peso habrá alterado su caida, y de este modo los elementos inorgánicos serán mas considerables que los orgánicos. El rocío constituye igualmente un medio favorable al desarrollo de organismos cuyo germen puede ser aun extraño á la atmósfera, ó haber sido contaminado accidentalmente por diversos agentes. Los insectos y los pájaros, por ejemplo, pueden contribuir al transporte de los gérmenes en estas mismas condiciones.

El mismo autor ha podido observar en la atmósfera la carencia de los infusorios y los gérmenes de los animales. Los cercomonados y los amebos, cuya existencia se ha reconocido en el agua de lluvia, se parecian á zoopores desarrollados sobre filamentos de mycelium procedentes de los esporos atmosféricos ordinarios. También se han encontrado distintos bacterios en el aire de los sumideros, pero jamás se han visto en el aire ordinario. Por el contrario, se han encontrado siempre en gran abundancia finas moléculas de una naturaleza incierta, que parecian tener por origen los esporos atmosféricos.

El polvo atmosférico seco, expuesto á un calor tropical, desarrolla con la mayor rapidez los hongos y las bacterias cuando está en contacto con los agentes pútridos, aunque estos últimos no se distinguen entre el polvo seco.

También se encuentran siempre esporos y otras células de vegetales entre el polvo atmosférico, que son susceptibles de un rápido desarrollo, y su número es independiente de la velocidad y de la direccion del viento, observándose la misma proporcion en el aire seco ó húmedo. Las epidemias de diarrea, disenteria, cólera, etc., no modifican ni el número ni la forma de estas células vegetales.

La proporcion que guardan las partículas inorgánicas ó amorfos y otros restos que se hallan en suspension en la atmósfera, varia, por el contrario, con la velocidad del viento y el estado higrométrico del aire.

M. Gaston Tissandier ha presentado á la Academia de Medicina un importante trabajo acerca de este mismo asunto, insistiendo sobre la considerable porcion de materias orgánicas que contiene el polvo aéreo ; mientras que las sustancias inorgánicas no entran sino por una tercera parte. La cantidad de materias sólidas que contiene un metro cúbico de aire en París, varia de 6 á 23 miligramos. Una masa de aire de cinco metros de espesor en una extension de 500,000 metros cuadrados de superficie, no encierra menos de 15 kilogramos de corpúsculos.

Ya sabemos los efectos que causan los gérmenes organizados que contiene el polvo atmosférico. La Academia ha discutido durante varias sesiones un trabajo presentado por M. Pasteur, en que cree que estos gérmenes se trasforman en la orina de la vejiga. Segun

el eminente micrógrafo, la orina no sufre esta transformación en las enfermedades de las vías urinarias, sino cuando la sonda viene á mezclar los gérmenes atmosféricos con la orina, encerrados en los órganos. Emitida así esta opinión, no puede menos de asegurarse que es completamente errónea, porque la orina se altera sin que se haya hecho uso de la sonda. M. Dumas, generalizando la cuestión, ha recordado las condiciones en las cuales se producen los orines amoniacales, porque la urea no tiene necesidad mas que de fijar el agua para transformarse en carbonato de amoniaco, porque difiere tanto de este producto, como el éter del alcohol. Para que se produzca esta solidificación, se pone primero el agua en contacto de ácidos ó álcalis poderosos, y entonces unos se apoderan del amoniaco formado del modo que acabamos de indicar, y los otros del ácido carbónico; consiguiendo iguales resultados elevando la temperatura. Además, se ha probado que en presencia de la mucosidad alterada con el aire libre, la orina se petrifica con la mayor rapidez. M. Van Thieghen demuestra despues que en estos casos se formaba un fermento especial. La urea se descompone por procedimientos dependientes de la fermentación y por otros que son completamente independientes. Se puede, pues, afirmar, que en el mismo organismo puede verificarse esta transformación cuando un fermento se introduce del exterior.

No son dudosos los efectos que estos gérmenes atmosféricos producen en medio de las modificaciones particulares que sufren las llagas expuestas al aire y que son el origen de terribles enfermedades conocidas con los nombres de abscesos metastásicos, reabsorción de pus, fiebres purulentas, etc. Con este motivo M. Alfonso Guerin ha presentado á la Academia de Ciencias una Memoria en la cual ha presentado todas sus observaciones con el nombre de *tífus quirúrgico*. Tampoco debemos omitir los trabajos hechos por M. Pasteur, que al recoger sobre algodón los fermentos atmosféricos, concibió la idea de emplear un nuevo sistema para la curación de las heridas, que en principio fué considerado como un atrevimiento quirúrgico. Este sistema se reducía á envolver los miembros amputados con una gruesa capa de algodón en rama, creyendo que así podría sustraer las superficies traumáticas á la influencia de los fermentos, y precaver tambien el tífus de los heridos, verdadero azote de los hospitales y de las ambulancias. Hoy este sistema de curación iniciado por M. Pasteur ha sido definitivamente aceptado. De este modo los muñones quedan cubiertos veinte ó treinta dias por medio de la capa de algodón en rama que impide que penetre el aire, al mismo tiempo que corta un aflujo de sangre. Libre el enfermo de dolores, puede comer y aun dormir, á la vez que no le incomoda ya el mal olor que despiden sus heridas, que es tambien un peligro constante para todos los que le rodean.

\* \* \*

OPERACIONES MEDICALES.

Creemos de interés general la reproduccion del siguiente escrito del distinguido doctor Reinaldo Brehm, residente en Madrid, y que ha estudiado prácticamente las cuestiones facultativas sobre el mejor tratamiento de los heridos en la guerra.

Hé aquí el escrito del doctor Brehm :

*Método de practicar operaciones de cualquiera clase en las extremidades sin pérdida de sangre; desinfección de heridas y aplicación de vendajes desinfectados y desinfectantes á la vez.*

La pérdida de sangre que en mayor ó menor grado sufren los heridos en el campo de batalla, es de suma importancia para ellos. Si no se puede evitar del todo mientras dura una acción de guerra, aunque el cuerpo sanitario esté montado del mejor modo y sus individuos hagan los mayores esfuerzos para socorrer tan pronto como les sea posible á los heridos, se deben aprovechar todos los adelantos de la ciencia para disminuir esas pérdidas en lo que cabe.

Un método nuevo, sencillo y seguro para evitar en las operaciones la pérdida de sangre, es sin duda alguna el que voy á dar á conocer en los siguientes renglones. Es invención del renombrado profesor doctor Esmarch, director de los hospitales de Kiel en Alemania, y ha sido aplicado por él con gran éxito en muchos casos.

La extremidad en la cual se quiere practicar la operación se lia ó se rodea con una fuerte venda de goma elástica, empezando desde la punta de los dedos hasta mas arriba del sitio donde se va á operar. La venda hace que la sangre se retire de la extremidad. Inmediatamente, por mas arriba se aplica bien apretado un tubo de goma del grueso del dedo pequeño, dando con él tres ó cinco vueltas al rededor de la extremidad. Ese tubo oprime las partes blandas, incluso las arterias, contra el hueso é impide toda circulación.

Se quita la venda para hacer la operación, pero no el tubo de goma, que sirve de torniquete. La extremidad queda completamente anémica, pálida como la de un muerto, y el operador puede operar sin que el en-

fermo pierda sangre alguna. Concluida la operación y ligadas las arterias, se quita el tubo de goma y se pone el vendaje.

No menos importante es la curación de heridas por medio de vendajes desinfectados y desinfectantes á la vez.

De gran interés ha sido y es siempre la pronta curación de las heridas. Aunque la operación esté hecha por mano maestra, muchos accidentes pueden sobrevenir y prolongar la curación de la herida ó hacerla imposible, y terminar la vida del operado en poco tiempo. Entre los accidentes fatales, posteriores á la operación, ocupan un lugar muy importante dos: la piemia (infección de la sangre con pus por detención ó descomposición del mismo en la herida), y la gangrena hospitalaria.

Si no se pueden evitar en absoluto esos dos terribles enemigos de todo operado, tenemos, sin embargo, medios para disminuirlos bastante.

Esos medios son: ventilación de las habitaciones donde están los enfermos, mucha limpieza, desinfección de las heridas y aplicación de vendajes desinfectados y desinfectantes. Esos medios nos han dado grandes resultados en los hospitales y lazaretos militares en la última guerra alemana-francesa. Las hilas, que tanto se usan para la curación de las heridas y en cuya confección se ocupan hoy tantas personas en España, han tenido muy poca aplicación en nuestros hospitales; las hemos recibido en grandes masas y las hemos aplicado, no se asusten mis lectores, para hacer almohadas y colchones de ellas para el transporte y colocación de los heridos.

No hemos cubierto cuidadosamente las heridas con un monton de hilas, como hasta entonces se acostumbraba; al contrario, las hemos tenido casi descubiertas, tapadas únicamente con aquella tela que se llama *Charpie anglaise*, y que es un tejido suave y poroso de algodón. Este tejido, impregnado con una disolución de ácido fénico en aceite de lino, ha sustituido á las hilas, con gran ventaja para el herido.

La libre salida del pus ó de las secreciones de la herida es un gran medio para la pronta curación de los heridos y para evitar la piemia y la gangrena; no de menor importancia es la desinfección de las heridas y de los productos de la supuración. Como desinfectante para este objeto, el ácido fénico ó carbónico no tiene rival; se aplica en diferentes disoluciones y de varios modos.

No es mi intención escribir un artículo detallado sobre la aplicación del ácido carbónico ó fénico como desinfectante; personas mas ilustradas se han tomado esa tarea; quiero dar á conocer al público en general, y con mas motivo en las actuales circunstancias, el método de curar pronto las heridas, método que evita la detención del pus en la herida y la infección de ella por los átomos nocivos que rodean al enfermo. Toda atmósfera contiene esos átomos en mayor ó menor número; pero principalmente la de los lazaretos, hospitales ó sitios donde hay aglomeración de heridos y enfermos; esos átomos llevan en sí los gérmenes que causan la descomposición de las secreciones de las heridas y hasta su putrefacción.

El célebre doctor inglés Joseph Lister ha tenido y tiene el mérito de haber llamado la atención de los cirujanos, sobre la gran importancia del tratamiento de las heridas por medio de desinfectantes, y su curación con vendaje desinfectado. El tratamiento se llama *Vendaje de Lister*.

Los mejores resultados se consiguen con ese tratamiento cuando se le puede emplear en heridas todavía no infectadas por los átomos ó gérmenes nocivos; por consiguiente, en heridas frescas, principalmente heridas de operaciones.

El vendaje de Lister consiste en lo siguiente: mecánicamente se limpia bien la herida y sus contornos, despues se la lava con agua carbonizada, ó sea con agua que contiene una pequeña parte de ácido carbónico, en la proporción de 1 del ácido y 100 de agua. (Disolución número 1).

Con un pulverizador produce un practicante una niebla de la misma agua desinfectada, envolviendo la herida y sus contornos en dicha niebla.

Las manos del operador, las de sus practicantes, y los instrumentos que llegan á tener contacto con la herida, se deben mojar antes en el agua carbonizada; la misma precaución se observa con las esponjas, que puestas algun tiempo en otra agua desinfectante, de dos partes del ácido y 100 de agua (disolución número 2) y bien exprimidas, se meten antes de tocar á la herida en la disolución número 1. Agua natural, sin desinfectante, no debe tener contacto con ella.

Si por cualquier accidente se tiene que interrumpir la niebla del agua pulverizada, se debe cubrir en seguida la herida provisionalmente con una compresa mojada en el agua desinfectada, número 1. Para ligar las arterias y coser la herida, y todas las heridas que lo permitan se deben cerrar por medio de puntos, no se debe usar seda, sino cuerdas finísimas de violín, preparadas y desinfectadas con ácido carbónico. Estas cuerdas ofrecen la ventaja de *absorberse* por completo en la herida y no hacer nunca el efecto de cuerpos extraños, aunque se queden dentro de ella. La preparación de las cuerdas necesita algun tiempo, porque tienen que estar metidas algunas semanas en una disolución, primero de ácido carbónico con agua, despues con aceite, para cambiar por completo su estructura é impregnarlas bien con el desinfectante. Al principio se pone la cuerda mas gruesa y blanda, pero

despues mas flexible, trasparente y tan fuerte, que hasta los números mas finos resisten mucho. De la cuerda que ha quedado debajo de la piel al curar la herida, no se encuentra á los pocos dias ningun resto; la ligadura de las arterias ofrece completa seguridad, y al quitarla no hay que cortar la cuerda, porque no queda de ella mas que la parte que estaba fuera de la herida.

Cosida la herida, se deja un rincon de ella abierto para meter por allí un tubo de goma. Ese tubo, de tamaño pequeño y con agujeros laterales, deja salir libremente el pus. El tubo no debe sobresalir de la piel para que no aplaste, ni se impida la salida á las secreciones de la herida. El tubo se fija por medio de un hilo de seda; tubo é hilo están desinfectados con la disolución número 1.

Colocado el tubo, se cubre la herida con un pedazo de finísimo hule preparado para el objeto, para lo cual ha de haberse dado por los dos lados con barniz copal, y secado este con una disolución de ácido carbónico en goma arábiga y dextrina en la proporción de 1 por 100.

Al aplicar el hule se pasa por la disolución acuosa del ácido carbónico número 1; el hule, no solamente debe cubrir por completo la herida, sino sobresalir de ella.

Despues del hule se ponen ocho tapas ó compresas de gasa carbonizada. Esa gasa se prepara con ácido carbónico, dos partes, resina y parafina de cada una cincuenta partes; calentada esa mezcla se impregna la gasa con ella y se prensa en seguida para que quede porosa.

Entre la sétima y la última capa de gasa, se pone un pedazo de tela impermeable, mayor que el hule primero y preparada del tejido fuerte, que se llama *shirting* y de goma elástica disuelta. Puesta la última compresa, se fija todo por medio de una venda de la misma gasa.

Este vendaje, algo complicado, impide que el desinfectante para la herida, irritante en mayor cantidad, tenga contacto inmediato y continuo con ella, y con ninguna secreción de la misma, pues no puede buscarse el camino hácia fuera sin pasar por el tubo ó las diferentes capas de gasa desinfectante.

El apósito se renueva cuando está impregnado de pus, lo que en los primeros dias sucederá á las veinte y cuatro horas, pero mas tarde despues de los dos ó tres dias.

Los resultados de este vendaje son mas favorables cuando se aplica en heridas frescas ó heridas de operaciones, que no están todavía infectadas de gérmenes de putrefacción.

Abscesos y fracturas complicadas se curan de la misma manera como las heridas.

Si el operador no tiene esos materiales á su disposición puede emplear en lugar de gasa, algodón en rama, desinfectado ó perfumado en seco con ácido carbónico; estopa que haya estado puesta unas horas en la disolución desinfectante, número 2, y ha sido secada despues; siempre darán mejores resultados que las hilas.

\* Si no hay cuerdas desinfectadas de violín y se tiene que usar hilo de seda para las ligaduras de las arterias y los puntos, debe ser desinfectada la seda con una mezcla de ácido carbónico y cera calentada, habiendo sido expuesta á la acción de la misma por espacio de unas horas.

La observación minuciosa de estas prescripciones, basadas en las experiencias hechas en miles de casos, es de suma importancia para los desgraciados heridos. Para que llegue al conocimiento de todos aquellos á quienes pueda ser útil, les doy la publicidad, deseando que el público en general las lea con el mismo ánimo que yo las he escrito: con el vivo deseo de aliviar en algo la triste situación de los heridos.

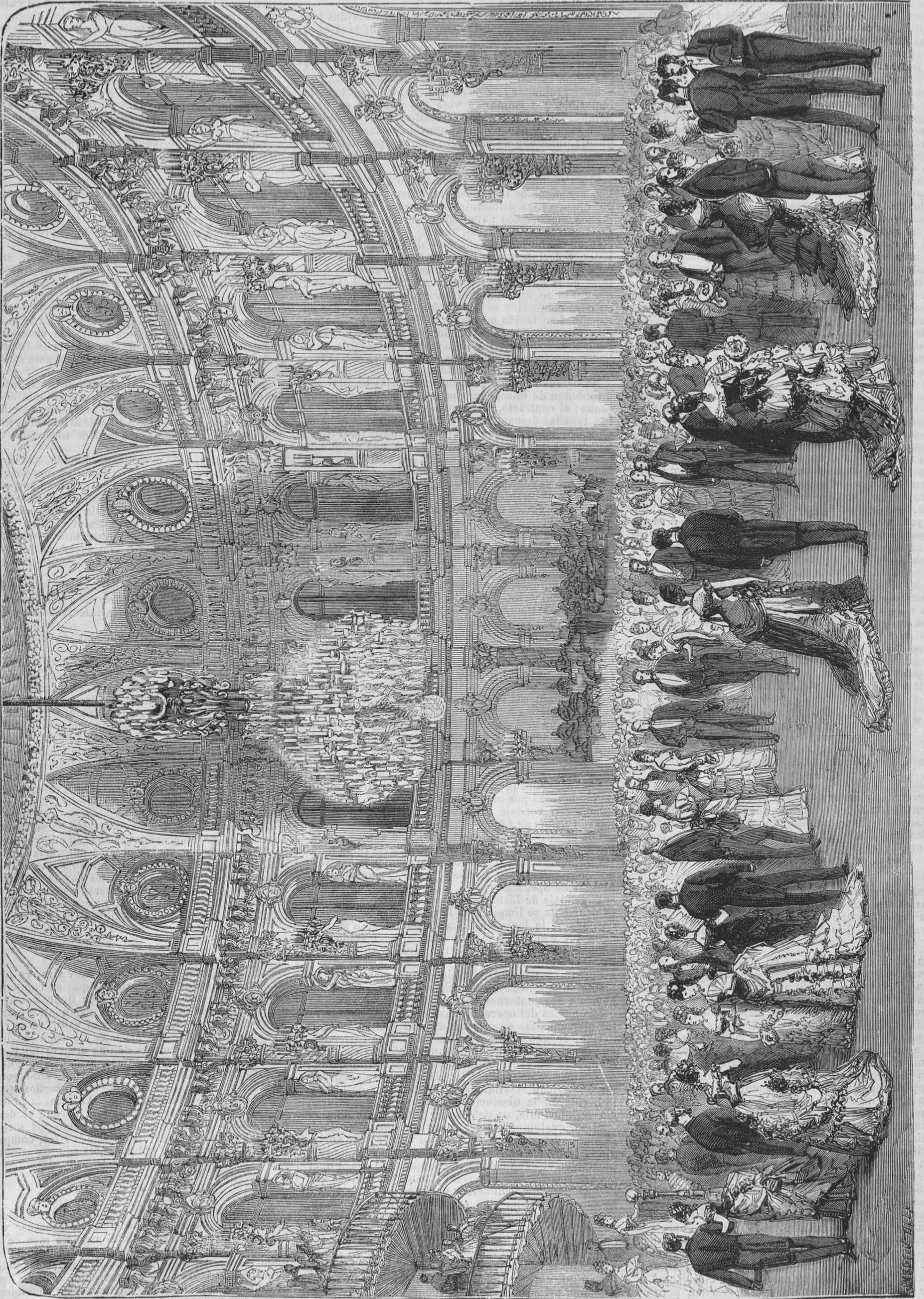
\* \*

Para proteger la vista de la luz muy viva, es preciso disminuir todos los colores de que se compone el espectro. Con este motivo el doctor Dobrowolski demuestra que los cristales azules dejan atravesar los rayos azules y violetas, y una gran cantidad de rayos rojos, mientras que los cristales de color de humo debilitan todos los colores de una manera igual para nuestro órgano visual. Es, pues, evidente, que el uso de los cristales azules debe ser reemplazado por los de color de humo, ó de un tinte mas ó menos oscuro, segun sea la sensibilidad ocular. Además, la práctica ha venido á justificar esta opinión, porque el doctor Berthold de Königsberg ha conseguido los mejores resultados en el uso de los cristales grises, comparativamente con los que obtuvo antes con los azules.

\* \*

De los distintos sistemas de buques que impiden el mareo, están ya terminados el vapor *Bessemer* y los bajeles gemelos de *Dacey*. En el próximo mes de mayo tales embarcaciones navegarán entre Francia é Inglaterra, y entonces sabremos si se evitan las penalidades de esa travesía, cuyo trayecto, aunque breve, es de los mas incómodos, angustiosos y terribles de cuantos se conocen.

\* \*



PARIS. — Baile de beneficencia dado por la Sociedad inglesa en los salones del Gran Hotel.

**Baile filantrópico**

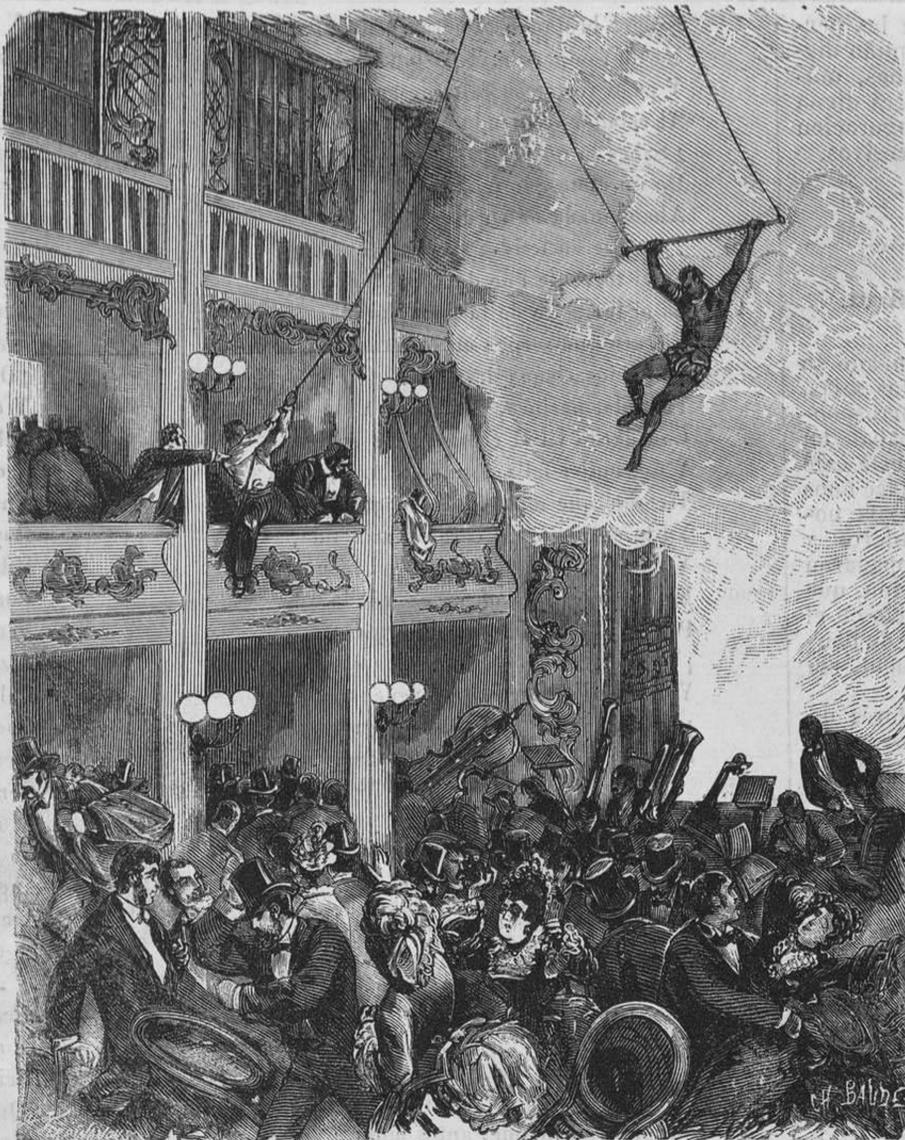
DE LOS

ANGLO-AMERICANOS EN EL GRAN HOTEL.

El baile que la colonia anglo-americana ha dado el martes último en el Gran Hotel, debe ser considerado como una de las fiestas mas suntuosas de la presente estacion. El objeto benéfico que habia inspirado este baile daba á esta diversion un encanto y un atractivo mas.

El dia designado para esta fiesta, todos los salones se abrieron á las diez de la noche, y muy en breve las galerías, la gran rotonda y los salones se vieron invadidos por mas de mil doscientas personas. Aunque en este grandioso edificio no es el espacio el que falta, las personas que organizaron el baile resolvieron unir á estos salones mas de doscientas habitaciones del *Jokey-Club*, que está contiguo al Gran Hotel.

Este establecimiento ha conseguido aparecer en este baile con todo el esplendor que en Paris se presentan esta clase de reuniones: bosques de flores, arbustos los mas raros, magníficos adornos, trofeos formados con las banderas inglesa, americana y francesa, iluminaciones que hacian recordar los cuentos de las hadas; nada se habia descuidado para que estos salones correspondieran á la elegante sociedad á que estaban destinados. El juego de millares de luces hacia que relucieran los magníficos trajes y tocados,



AVIÑON. — Incendio del Alcázar.

asi como hacian brillar con mas intensidad los magníficos brillantes con que iba adornada tan magnífica concurrencia.

El baile dió principio á las diez de la noche, bajo los acordes de una deliciosa orquesta, dirigida por M. Desgranges, jefe de la orquesta de la presidencia. A las once llegó la duquesa de Magenta, esposa del presidente de la República, que en aquel momento acababa de salir del baile de la embajada otomana, siendo recibida á la entrada de los salones por lord Lyons, embajador de Inglaterra, acompañado de la comision encargada del baile. Algunos momentos despues llegaron madama Decazes y Ladmirault, asi como el ministro de Estado y el gobernador de Paris.

Como era de esperar, todo el mundo elegante de Paris se confundió con las familias mas notables de la colonia anglo-americana. El corto espacio de que podemos disponer nos impide describir los magníficos trajes y los ricos aderezos de una gran parte de las señoras que asistieron á esta fiesta. Nos limitaremos, pues, á indicar los nombres de las señoras Alfonsa de Rothschild, la condesa de Paris, la duquesa de Chartres, la princesa Czartoriska, lady Wallace, Milner Gibson, Gray of Gray, lady Cartier, Clithorpe.

Antes de terminar tan espléndida fiesta, se hizo una colecta de luises de oro y de billetes de banco, que produjo una cantidad de consideracion, y con la cual los comités de socorros podrán acudir en auxilio de las clases menesterosas de la colonia americana.

Los asistentes á esta espléndida



INGLATERRA. — Funeral de Livingstone: llegada del cuerpo á Southampton.

fiesta no pudieron menos de reconocer que las personas encargadas de organizarla habían cumplido dignamente su cometido: adornos, iluminaciones, música, todo había sido preparado para que fuera digna de los invitados, y que sirviera como de inauguración a las que deberán celebrarse en los años sucesivos.

L.

### El incendio del Alcázar de Aviñón.

Este Alcázar había sido construido hace un año en la calle de la República, y se componía de dos salas, una de invierno y otra de verano, con su correspondiente teatro. Los pisos superiores los ocupaban un círculo y algunos vecinos. Hoy no queda de este café cantante sino ruinas. El incendio se declaró hace unos quince días, á una hora bastante avanzada de la noche, cuando el café estaba lleno de espectadores; y fué tal la rapidez con que las llamas se propagaron en medio de este edificio de madera y de cartón, que una de las llamas quemó la cuerda del trapecio en el que un gimnasta ejecutaba algunos ejercicios de fuerza y agilidad, cayendo por consiguiente al suelo, sin que recibiera afortunadamente lesión alguna.

Como era natural, hubo entre los espectadores un momento de confusión; pero felizmente no tuvo consecuencias graves, pues no ha habido ni un solo herido. Las personas que se hallaban en el café, así como las que habitaban en los pisos superiores, tuvieron tiempo para huir. Una sola persona estuvo expuesta á perecer, si M. Maurou, miembro del círculo, acompañado de varias personas, no se hubiesen apresurado á salvarla, con exposición de sus vidas. P.

## DOS FLORES

ó SEA

## ROSA Y MARIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

FRANCISCO GALINDO.

(Continuación.)

Que vengan penas, dolores,  
Que yo riendo á su embate  
Me animará en el combate  
El perfume de esta flor.

(Rosa aparece caminando lentamente, trayendo en la mano la carta que escribió Antonio en la escena V. Se coloca detrás de él en silencio.)

¡Oh! sí, sí, flor de mi alma,  
Tu inmaculada belleza  
De mi pecho la tristeza  
Templará con suave olor.  
Y cada vez que yo mire  
La albura de tu corola,  
Vendrá á mi frente la aureola  
De las memorias de amor.

(Se la lleva al corazón.)

Y siempre, siempre en mi pecho  
Aquí vivirás conmigo;  
Yo seré tu ardiente amigo;  
Tú el númen de mi placer.  
Por otra extraña belleza,  
No siendo tu dueño hermoso,  
Mi corazón amoroso  
Nunca latir sentirás,  
Que ella es savia de mi alma,  
Y en frenesí yo la adoro,  
Y si yo río y si lloro  
Será por ella y no más.

(Se vuelve y se encuentra frente á frente con Rosa, que contiene la ira. Antonio aparenta cortarse. Un momento de silencio.)

ROSA.

¿Esa es la madre que en tu carta dices  
Marchita de tu amor la ilusión bella,  
Ese el cariño santo que contiene  
La hermosa luz que la pasión destella?  
¿Tiemblas, infame, porque el crimen tiembla  
Y hiel vertiste en mi azarosa vida,  
O porque temes la venganza airada  
De una mujer amante y ofendida?

Sangre brotando el corazón maldito  
Ha de romper de la pasión los lazos  
Y en tí verter su cáliz de amargura  
Al estallar tremendo en mil pedazos.  
¿Sabes lo que es la saña enfurecida  
De un alma que feliz en su inocencia  
Abandonada en su despecho mira  
Trocarse en fetidez su suave esencia?  
Es el torrente que devasta todo,  
Es el incendio de la mies dorada,  
El rayo que serpea en la tormenta,  
La rabiosa leona desatada.  
Tiembla, perjuro, que no en vano heriste  
Con dardo vil el corazón que te ama,  
Y esa mujer feliz á quien adoras,  
Tiemble que mi alma la venganza clama.  
Yo te entregué mi corazón ardiendo,  
Y en medio de mi fiebre y mi locura  
En holocausto te ofrecí engañada  
Primicia criminal de mi hermosura.  
¡Y ahora me abandonas y me olvidas  
Y ahora me cubres de vergüenza y luto!  
¡Cuando ya llevo, ingrato, en mis entrañas  
De un loco amor el inocente fruto!

ANTONIO.

Rosa, por Dios, me matas... ignoraba...

ROSA, llorando.

¡Pobre del hijo que no tiene padre!  
No lloro por tu amor, que te aborrezco;  
Lloro por el ser de quien soy madre.

ANTONIO.

¡Piedad!

ROSA.

No mientas, infame, antes muerta  
Y á los ojos del mundo deshonrada,  
Que verme con tu afecto compasivo  
En medio de mi crimen humillada.  
Yo tengo un alma grande como el cielo,  
Y si pagué tributo á la materia,  
Aun tengo mi altivez y mi hidalguía  
Y aun bate noble mi abrasada arteria.  
Yo no te pido amor: nada te pido...  
Ya no eres digno, ingrato, de mi aprecio,  
Tú no eres el Antonio á quien yo amaba,  
Ya no te amo ni te odio, te desprecio.

(Le arroja la carta y se va.)

### ESCENA X.

ANTONIO, SOLO, DESPUES DE UN MOMENTO DE SILENCIO.

Antonio, ve que en tu abatida frente  
Escrito está tu oprobio, tu vileza...  
¡Ay, infeliz, que te humilló cobarde  
De esa mujer la sinigual grandeza!  
¡Ay! vuelve en tí, tu pecho empedernido  
Recobre su energía y su vigor,  
Para mostrarte grande en la contienda  
Terrible del honor contra el amor.

CAE EL TELON.

### ACTO SEGUNDO.

AMISTAD.

El foro representa la sala de la casa de campo de Rosa. Unas sillas, un sofá y una mesa de sala en donde estará un costurero, y otra redonda, una rinconera y sobre ella un péndulo que componen el mueblaje. Tiene tres puertas, una en el costado derecho relativamente al actor y que da á la calle, otra en el fondo que cae al jardín, y la tercera al costado izquierdo que comunica con el resto de la casa.

### ESCENA PRIMERA.

ROSA, SOLA, CON EL PELO SUELTO Y MANIFESTANDO HASTA EN EL DESCUIDO DE SU VESTIDO LA AGITACION DE SU ALMA. APARECE SENTADA JUNTO Á LA MESA REDONDA; CUANDO LO PATÉTICO DE LA ESCENA SUBE DE PUNTO, SE PARA.

Flores del corazón, jardín ameno  
¿Por qué vivís tan solo en mi memoria,  
Las que ayer fuisteis de perfume lleno  
Mágico Eden de refulgente gloria?  
Ayer era feliz, era dichosa

Y mi alma reflejos celestiales,  
Que hoy se pierden en noche tenebrosa,  
Enviaba de mi vida á los cristales...  
¿Qué se hizo tanto amor, tanta ventura,  
Aquel sublime, espléndido paisaje?...  
Solo percibo ¡ay! en mi amargura  
El ronco grito de pasión salvaje.  
Grito que rompe á cada esfuerzo mío  
Las fibras ¡ay! del corazón ya seco,  
Ululato que muere en el vacío  
Sin que responda á mi clamor el eco.  
¡Oh, cuán triste es amar desesperada  
Y el objeto adorado encontrar mudo,  
Echar á un paraíso una ojeada  
Y oír bramar al corazón viudo!  
Antonio, Antonio, fermentado amante,  
Hoy que en tu pecho mi cariño ha muerto,  
Esta alma ven á contemplar triunfante,  
Cual pantera que rugen en el desierto.  
Ven, sí, cruel, y donde viste amado  
Alzarse para tí mil y mil cielos,  
Hallarás corazón envenenado  
Que desgarran la fiebre de los celos.  
Siento en mis venas circular fecundo  
Germen de muerte que si fuera eterno  
Ni aun destruyendo en mi furor el mundo  
No se saciará este voraz infierno.  
Ángel caído, lleno de despecho,  
A ese Antonio aborrezco por quien lloro:  
Le odio con las furias de mi pecho...

. . . . .

Miento, Dios mío, que aun infiel te adoro...

Te adoro, sí, y en tus queridas aras  
Hiciera el holocausto de mi vida:  
¿Qué importa que mi pecho desgarraras?  
¡Yo te amara aunque fuera aborrecida!...  
Goza feliz, y que al verter de Rosa  
El corazón la sangre en gruesas gotas,  
Y que al sentir en mi pasión fogosa  
Del sentimiento las entrañas rotas;  
De ilusiones aureola refulgente  
Se vea tu existencia coronada,  
Y de amor palpitando eternamente  
Sientas el seno de tu bella amada.

(Pausa.)

¡No! él privó del celestial encanto  
Mi existencia de sueños, bendecida;  
Al quitarme su amor, nació mi llanto...  
Robó á mi alma la savia de la vida;  
Porque ama menos la silvestre rosa  
El arroyo fugaz que la fecunda,  
Que un alma inocente y cariñosa  
La aureola de amor que la circunda...  
Tener quisiera del león la garra,  
Del tigre hircano la espantosa fuerza,  
Del boa el constrictor, y quien desgarran  
Mi alma, vería lo que amor se esfuerza:  
Yo destrozara con pujantes iras  
Mi incógnita rival tan detestada  
Y á Antonio vil ensangrentadas tiras  
Presentando, me riera ya vengada.  
De júbilo infernal en arrebatado  
De su amor el cadáver profanara,  
Lo pateara á vista del ingrato  
Y triunfante arrojáralo á su cara.  
Nueva Medea, si ahora entre mis brazos  
Tuviera el fruto de mi amor por él,  
Iracunda hiciéralo pedazos...  
¡Ay, loca está, Dios mío, esta mujer!

(Cae desfallecida en un sillón que estará junto á la mesa redonda, en la cual se apoyará sobre ambos brazos. Un momento de silencio.)

### ESCENA II.

ROSA Y MARIA, QUE ENTRA POR LA PUERTA DEL COSTADO IZQUIERDO.

MARIA.

¿Qué tal? ¿Acaso el desvelo  
Te tiene tan abatida?

ROSA, alzando la cabeza.

No, María, es una herida,  
Es la pérdida de un cielo.

MARÍA.

¿El que tú amabas ha muerto?

ROSA.

Pero he perdido la fe;  
Mi existencia marchité;  
El corazón está yerto.

(Parándose y aproximándose á María.)

No creas nunca, María,  
En las palabras de un hombre;  
De dulces tienen el nombre;  
Mas... ¡ay! por Dios, desconfía.  
El hombre dirá: *te adoro*  
Hará para tí un jardín,  
Y quedarás, niña, al fin  
Presa en sus redes de oro.  
Y después de la dulzura  
Que tus sentidos embota  
Él vertirá gota á gota  
El cáliz de la amargura.  
Y ya la venda caída,  
Tú sentirás cual yo siento  
Vogar en lago sangriento  
El esquife de la vida;  
Y oírás en tu alrededor  
Alzarse voz despiadada  
Llamando crimen tu amor  
Que te dirá *¡deshonrada!*  
Y sentirás alligida  
El aguijón del pesar  
Que irá matando tu vida  
Y marchitando tu faz;  
Y entonces ya desolada  
Desearás la inocencia;  
Cuando está ya evaporada  
No hay ya mas que penitencia.

MARÍA.

Rosa, tu decir me asombra  
Y va penetrando el alma,  
Cual de la tarde la sombra  
El follaje de la palma.  
¡Yo que de placer henchida  
Venía á hablarte de amor!  
La felicidad perdida  
Ya vuelve á mi corazón.  
Mas una sombra ha empañado  
La dicha que el alma siente  
Y es la sombra que en tu frente  
El pesar ha colocado.  
¿Cuál es esa pena aguda  
Causada por el que tú amas?  
Noto, Rosa, que te inflamas,  
Tu semblante se demuda.

ROSA.

Permíteme, María, que yo calle  
Ese misterio de doliente amor...

(Aparte.)

Antes mi corazón rompa y estalle  
Que su oprobio publicar, su deshonra.

MARÍA.

Mas mira, Rosa, que el dolor publica;  
Tú sin quererlo lo dijiste ya,  
El labio pudoroso no lo explica,  
Mas franco el corazón, gritando está.  
Yo leo en tus palabras y en tu frente  
Que el áspid de los celos te devora,  
Y que él traiciona tu pasión ferviente  
Y tu alma dolorida aun le adora.

ROSA, riendo.

¡Ja, ja, ja!

Te he engañado, candorosa amiga;  
Quise probar tan solo tu fineza...

(Aparte.)

¡Jamás consentiré en que se diga  
Que el hombre que amo ha hecho una bajeza!

(A María.)

Te ví venir con el placer sonriendo  
En tus mejillas de encarnada rosa,  
Y probar quise si el dolor fingiendo  
Se nublaban tu frente cariñosa.  
Cuéntame ahora ese feliz motivo  
De la dicha que irradia tu semblante.

MARÍA.

¡Ay! soy amada con amor tan vivo  
Cual lo deseaba mi alma delirante.  
Mira esta prenda que me dió su mano.  
(Le enseña el anillo de Antonio. Rosa lanza un grito de dolor.)

¿Qué tienes?

ROSA.

Nada: un dolor ligero...

MARÍA.

Estás muy pálida...

ROSA, aparte.

¡Amor tirano!...

MARÍA.

El aire libre, Rosa, considero  
Te convendría ahora respiraras.  
Ven á la arboleda, amiga mía:  
Donde anoche infeliz me aconsejaras  
Quiero me veas llena de alegría.  
Ven, que allí te contaré amorosa  
De mi existencia el episodio tierno.

ROSA, aparte.

¡Mientras ardiendo el corazón de Rosa  
Hace mi vida inaguantable infierno!

(Vanse por la puerta del fondo.)

### ESCENA III.

EL ESCENARIO QUEDA DESOCUPADO POR UN MOMENTO. LUEGO DON ANTONIO, LLEVANDO UNA CARTA Y MARCHANDO Á PASOS LENTOS.

ANTONIO, solo.

Al fin venció de honor el sentimiento  
De amor el lago se cubrió de luto;  
A la voz del deber calló su acento,  
Y en mi loco delirio pasión miento  
De inteligencia acibarado fruto.  
¡Amor y honor! ¡Contradicción terrible  
Del corazón amante y de la idea!  
¡Lucha que hace á la vida aborrecible,  
Y do se estrellan con fragor terrible  
Pasión y voluntad que se endiosca!  
Yo de la vida en la espiral pendiente  
Creí bajar en brazos de mi amada;  
Mas el crimen tronó sobre mi frente  
Y envenenado el corazón doliente  
Huyó ante mí esa ilusión dorada.  
Y á la mujer que me ama con locura  
Voy á darle una mano mística y fría,  
Y en cambio de tu angélica ternura  
Desolación á tí, bella María.  
Ellas fueron ayer flores hermosas  
Que á la sonrisa del Creador brotaron,  
Ornadas de ilusiones, candorosas,  
Viólas abril, lozanas, olorosas,  
Y mi aliento al sentir se marchitaron.  
¿Hay acaso en mi vista enamorada  
Del basilisco el sinigual veneno,  
Que cuanto quiera mi alma entusiasmada  
Y cuanto me ama de ternura lleno  
Es presa del dolor que le anonada?...  
¡Valor, Antonio! Apura ya valiente  
El cáliz ¡ay! de envenenado amor!  
La eternidad me cubrirá doliente;  
Mas sin llevar en mi orgullosa frente  
La mancha vil del hombre sin honor.

### ESCENA IV.

ANTONIO Y JUANA.

JUANA.

Ya, don Antonio, me iba  
Allí á su casa á buscarle  
Tan solo para informarle  
Del modo que mi ama está.  
Anoche al concluir el baile  
Y su amiga ya acostada,  
Estuvo tan agitada  
Que me hizo desesperar.  
Y toda la noche en vela

Pasó con gran desatino,  
Pronunciando de continuo  
El nombre de usted, señor.  
Ya á la mesa se acercaba  
Y con la pluma escribía,  
Ya llorando se volvía  
Sollozando de dolor.  
De repente de despecho  
Parecía arrebatada  
Y á media voz *deshonrada*  
Le escuchaba murmurar.  
Acercándose á la puerta  
Esa arboleda miraba  
Y lágrimas derramaba  
Oprimida del pesar.  
Diga por Dios el motivo...  
En lugar de ama es mi amiga...

ANTONIO.

No esperes que te lo diga;  
Pronto calmada estará.

(Le entrega la carta.)

A Rosa dale esta carta;  
Observa cuanto suceda:  
Yo aguardaré en la alameda  
Y tú me irás á informar.

(Vase.)

### ESCENA V.

JUANA, sola.

Dale esta carta, y se larga...  
¿Y yo cómo la daré?  
Si la otra niña lo ve  
La novia me reñirá...  
Pero un arbitrio ingenioso...  
La meto en el costurero...

(Metiendo la carta en el costurero que cierra en seguida.)

Solo ella abre... lo primero  
Leer el sobre será.

¿Cuándo sabré este misterio!

(Viendo hacia la puerta del fondo.)

Mas se acerca mi señora;  
Viene alegre, ya no llora;  
Voy á ponerme á observar.

(Vase.)

### ESCENA VI.

ROSA Y MARÍA.

ROSA.

Me siento mucho mejor:  
El aliento de la brisa,  
Ese suspiro de amor,  
Inspira al alma la risa.  
Por eso yo en mis congojas  
O en los calores de estío  
Busco el verdor de las hojas  
Y la música del río.

(Hace señal de que se sienten y así lo hacen ambas.)

Los cuadros de la natura  
Tienen un dulce lenguaje.  
¿Cuán elocuente murmura  
El céfiro entre el follaje!

MARÍA.

Es verdad, todo eso es bello:  
Tú muy feliz debes ser  
En esta finca que un sello  
Parece tener de Eden.  
Yo muchas veces soñando  
Eterna felicidad  
Me he figurado habitando  
En las orillas del mar;  
Allí los dos, él y yo,  
Lejos del mundo engañoso,  
Cuanto mi mente soñó,  
Sintiendo el pecho gozoso.  
¡Él y yo!... por siempre unidos  
Y envidiando nuestro anhelo  
El mar azul con bramidos  
Y la techumbre del cielo;  
Y sin pensar en mañana  
La vida pasar á solas



INGLATERRA. — El cortejo fúnebre atravesando las calles de Southampton.

En nuestra casita indiana  
 Arrullada por las olas.  
 Oír cantar á lo lejos  
 Mar adentro al pescador  
 Que al remar levanta espejos  
 En las olas con rumor.  
 Y allí en la argentada playa,  
 Sin dolor ni pena alguna,  
 En la tarde que desmaya,  
 Ver el disco de la luna,  
 Y luego en la noche oscura  
 Los espacios encendidos  
 Con su lumbre triste y pura  
 Cual los ensueños perdidos...  
 ¡Y allí los dos! ¡Y allí flores!  
 Y pulsando yo mi lira,  
 Cantando nuestros amores  
 Oír la brisa que suspira.  
 Y cuando airado el Señor  
 Sacuda el mar en tormenta  
 Y el bosque llene el fragor  
 Del rayo que me amedrenta;  
 Allí los dos, él y yo,  
 Con nuestro amor infinito,  
 Si en su pecho me estrechó  
 Callará la mar su grito.  
 ¡Cuán feliz allí sonriendo  
 Vería pasar la vida  
 De ese hombre el amor sintiendo  
 En éxtasis embebida!  
 ¡Oh, Rosa, yo le amo tanto!

Mi afecto raya en delirio...

rosa, aparte.

¡Quiera Dios no se haga llanto  
 Y su luz un triste cirio! (A María.)  
 Ese castillo brillante  
 Puedes verlo realizado;  
 Mas sin el mar resonante  
 Por la arena encadenado:  
 Muy pronto he de irme yo  
 A Guatemala, María,  
 De do ha poco me llamó  
 Mi noble y anciana tía.  
 Bien conoces su riqueza  
 De la que seré heredera;  
 Huirá de mí la pobreza  
 Tan luego como ella muera.  
 Y entonces tendré placer  
 En que esta finca bendiga  
 El padre de todo ser  
 En las manos de una amiga,  
 Y aquí juntos, él y tú,  
 Sereis por siempre felices... (Aparte.)  
 ¡Mientras yo mis cicatrices  
 ¡Ay! cierro en el ataúd!

MARÍA.

Gracias, gracias, noble Rosa;  
 Ahora tu amistad peso,  
 Figurándome dichosa...

ROSA.

Te prohibo hablar de eso.

Alcánzame la labor  
 Y de perlas esa ensarta;  
 Si ayudar quieres mejor.

(María va á abrir el costurero para traer la labor y ve la carta que dejó Rosa.)

(Se continuará)

### Funerales de Livingstone.

Los funerales del doctor Livingstone han tenido lugar el 18 de abril en la abadía de Westminster, en medio de un inmenso gentío.

El cuerpo del difunto se trasportó desde el interior del país hasta la costa por los negros, en donde fué embarcado, en Zanzibar, en el vapor *Calcutta*, que le condujo á Aden. En este punto se le trasladó al *Malwa*, cuyo buque se dirigió á Southampton, pasando por el canal de Suez.

Uno de nuestros grabados representa el momento en que el ataúd está expuesto sobre la cubierta del *Malwa*, cubierto de coronas de siemprevivas y de magníficos ramilletes, y el otro es cuando se condujeron los restos del doctor al través de las calles de Southampton para dirigirse á la estación, desde donde debía ser trasladado á Londres. Toda la población seguía el cortejo fúnebre, que iba presidido por el alcalde de la población, el consejo municipal y una diputación de la Sociedad de geografía. En una de las salas de esta corporación fué depositado el féretro del doctor hasta el día en que debían celebrarse los funerales, que han sido por cuenta del Estado.

David Livingstone era escocés. Nació en Blantyre, el 19 de mayo de 1813, y murió el 4 de mayo de 1873, en Ijala, en el centro del Africa. T. N.